

HAY QUE PINTAR A LOS INVASORES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

Tamurejo

Hay que pintar a los invasores

Ralph Barby

La Conquista del Espacio/600

CAPÍTULO PRIMERO

El cerebro electrónico central de la cosmonave Volta-244 activó una parte importante de sus circuitos.

Las paredes, repletas de diminutas lucecitas de control, brillaron con intensidad, cambiando de color algunas de ellas. Los relés comenzaron a moverse y otros mecanismos y circuitos de la cosmonave entraron también en funcionamiento.

La sala de hibernación humana se iluminó débilmente y en el interior de los cartuchos comenzó a subir la temperatura mientras también aumentaba la proporción de oxígeno en el aire que debían respirar los seis cosmonautas que allí reposaban.

Aún habría que pasar un tiempo antes de que pudieran salir de los cartuchos que se hallaban en la sala de hibernación.

Linx Blanc fue el primero en abrir los ojos y salir del cartucho que se abría automáticamente cuando las constantes físicas y biológicas del cuerpo eran captadas por los sensores controlados por la computadora central.

Se desperezó. Conocía bien aquella sensación tras el largo sueño de los viajes interestelares. Pasó al lavabo y se dio una ducha. Después, se reunió con los demás conforme fueron apareciendo. Eran seis, cuatro hombres y dos mujeres.

—Según el reloj central, no hemos llegado al sistema solar.

Nadie se sorprendió. La computadora central, a la que en forma cariñosa todos llamaban «la sesera», podía despertarles para advertirles de una situación que ellos debían de resolver personalmente.

—¿Alguna nube de meteoros? —preguntó Glot.

Linx Blanc, después de intercambiar una serie de impresiones con sus compañeros de tripulación, se dirigió a la capilla de la sesera como llamaban a la sala de la computadora central.

Se acomodó en la butaca rodeada de decenas de millares de pilotos lumínicos y se enfrentó con el teclado, manteniendo la vista fija en el visor, una pantalla de doce pulgadas con absoluta nitidez de lectura.

—Comandante Linx Blanc al mando de la cosmonave Volta-244. Tripulación en perfecto estado al despertar de la hibernación. ¿Dónde

estamos?
La computadora dio la respuesta que apareció por escrito en la pantalla de lectura.
—Orbita no coincidente del onceavo planeta del sistema estelar Dorada-98.
Linx Blanc tecleó de nuevo, preguntando:
—¿Por qué hemos salido de la hibernación?
—Detectada emisión ondas intermitentes. Las normas prescriben que toda cosmonave en ruta atenderá a cualquier emisión inteligente que proceda de un cuerpo astral.
—¿Cuál es el cuerpo astral que despide esas señales radio-cósmicas intermitentes?
—El planeta Cuatro del sistema estelar Dorada-98.
Linx Blanc volvió a preguntar:
—¿Cuál es nuestro cometido?
—Investigar el origen de las señales radiocósmicas.
—¿Y luego?
—Faltan datos para dar respuesta.
—Bien. —Volvió a teclear—. ¿Está todo en orden a bordo?
—Fiabilidad en el sistema propulsión, novecientos noventa y nueve mil por un millón. Fiabilidad electrónica, novecientos noventa y nueve mil por un millón. Fiabilidad circuitos electrónicos, novecientos noventa y nueve mil por un millón. Sistemas mecánicos, fiabilidad novecientos noventa y nueve mil por un millón. Suministros, correctos. Consumo de aire, diez punto cero. Fiabilidad biológica tripulación, nueve entre diez.
—Está visto que los humanos terrícolas somos los menos fiables.
—Correcto —respondió la computadora central.
—Investigaremos.
Abandonó aquella especie de capilla donde se albergaba la «sesera», la estancia más controlada de toda la cosmonave, y cerró la puerta. Sólo el comandante en funciones podía entrar en aquel santuario electrónico.
Todos le aguardaban en el comedor-estar.
Linx Blanc les explicó lo que acababa de averiguar y, al poco, con el teclado que tenía a mano allí mismo, en la pantalla de cuarenta pulgadas puso el sistema estelar Dorada-98.
—Parece ser que estamos en este punto.
Señaló una lucecita roja que estaba en pantalla, avanzando hacia el centro que constituía el sol del sistema.
—Nuestro objetivo es el planeta Cuatro.
—Parece un planeta azul —opinó Estel, una mujer joven, morena, elástica y siempre dinámica. Ella ocupaba el tercer puesto en jerarquía dentro de la cosmonave.

—Sí, eso parece —asintió Glot.
Linx Blanc les dijo:
—Dentro de unas horas conoceremos más datos.
—La sesera nos dará la cuenta atrás para llegar a la órbita de nuestro objetivo.
—Así es.
—¿Allí habrá vida inteligente? —preguntó Sánchez.
—Ya lo averiguaremos —contestó Linx Blanc.
—Nuestra misión es viajar por la galaxia durante el período de tiempo que se nos ha fijado. Hemos de resolver los problemas que se nos presenten y pasar en hibernación el tiempo intermedio entre un problema y otro —comentó Estel—. ¿Alguien de nosotros tiene idea de los años que vamos a vivir así, con largos períodos de hibernación?
Se sonrieron todos y Linx Blanc observó:
—La media de años— solares que se utilizó hasta el siglo veinte ya no tiene objeto. Ahora, como todos sabemos desde la escuela de párvulos, el tiempo se mide por horas vividas, sin contar jamás las hibernadas. Cada uno de nosotros está controlado por la computadora central de la cosmonave en que viaje. Cada hibernación es un paréntesis en nuestra vida, no cuenta para nuestro envejecimiento.
—Y cuando se enciende la luz ámbar en nuestras cuentas particulares —dijo Glot— es que entramos en el período de prejubilación y a mí ya se me acerca ese tiempo. Lo cierto es que ya estoy harto de viajar entre las estrellas, no es tan divertido como parece. Nos pasamos años-luz durmiendo en esos malditos cartuchos de hibernación, es como estar muertos.
En aquellos momentos entraban en un período de espera, una tertulia recomendada en las ordenanzas para despejar las mentes.
—Todo está en orden; sin embargo, vosotros, Burt y Sánchez, deberéis revisar personalmente todas las galerías, no ha de haber fallos y las horas que quedan pueden utilizarse en este aspecto. Estel y Claudy, vosotras repasaréis todos los circuitos de sensores y electrónica en general.
—¿Qué dice la «sesera»? —quiso saber Estel.
—Que todo está correcto, pero supongo que se refiere a los automáticos. Vosotras deberéis repasar los manuales.
—De acuerdo, lo revisaremos todo.
—Glot, comprueba si nuestro androide está en perfectas condiciones.
—De acuerdo, lo sacaremos del armario para quitarle el polvo. Lástima, es un androide un poco arisco, creo que se les fue la mano al programarlo.
—Procura que no cometa torpezas o tendremos que desarmarlo.
—No estaría mal, sería algo en que pasar el rato. Todas las películas

de videotape ya las tenemos vistas.
—Toma libros para leer.
—Me canso —gruñó Glot.
—Es que no has sido nunca un buen lector, siempre has preferido ver a una chica haciendo strip-tease.
—Aunque sea con televisores de máxima sensibilidad, en color y tres dimensiones, las prefiero al natural. El tacto también juega mucho y las mujeres que llevamos a bordo parecen hechas de hielo.
—No te pases con ellas. Si se recibe una acusación habrá un proceso contra ti y el juez será la implacable «sesera».
—Sí, y ese maldito cerebro electrónico, si te encuentra culpable, te castiga con la hibernación permanente hasta ser trasladado a una cosmonave que te lleve a Marte.
—Exactamente, a Marte y no al planeta Tierra, nuestro paraíso. Marte es una colonia de castigo.
—Oye, no te me pongas agorero. Voy a ver a nuestro androide. Por cierto, ¿por qué no harán androides con aspecto femenino, con temperatura y sedosidad de piel adecuada? Sería más divertido para los que nos pasamos la vida de un sistema estelar a otro, siempre viajando de una punta a otra de la galaxia.
—Proponlo en el buzón de sugerencias. Así quedará escrito para que se lo coma la «sesera» y cuando llegue a nuestras autoridades, quizás lo tengan en cuenta. No me extrañaría que muchos otros cosmonautas opinaran lo mismo.
—¿Y te acostarías con un androide de aspecto femenino?
Ante la pregunta irónica de Burt, Glot respondió:
—Pues, no podría jurar ni que sí ni que no. ¿Hace dos milenios no se acostaban con muñecas hinchables?
Linx Blanc sonrió y Glot desapareció por la puerta.
La Volta-244 de los humanos terrícolas se acercaba velozmente al planeta Cuatro, un planeta desconocido de un sistema estelar previamente catalogado.
Se conocía a la estrella pero no a los planetas que la orbitaban, éstos eran un enigma para ellos y para la memoria de la «sesera» que no tenía un solo dato al respecto, pues sin duda era la primera cosmonave de humano terrícolas que se internaba en el imperio de Dorada-98.
Los sensores fueron captando las propiedades físicas de los planetas de aquel sistema a medida que pasaban cerca de ellos. Eran datos que la computadora central almacenaría en su memoria para que más tarde pasaran a los ordenadores centrales de la Confederación Terrícola.
Aquellos viajes siempre proporcionaban datos que enriquecían los conocimientos que los humano terrícolas poseían sobre los astros que

componían la galaxia dentro de la cual se movían.
Pudieron ver claramente un planeta grande, rodeado de cientos de lunas. Era un espectáculo muy hermoso, pues recibía la luz de la estrella Dorada-98 y brillaba como si fuera de diamante debido a que carecía de atmósfera y estaba repleto de hielos con prismas muy agudos. Era un planeta helado.
—Atención, atención, aquí Linx Blanc. Tenemos a la vista el planeta Cuatro, color azul, atmósfera con nitrógeno, oxígeno y capas de ozono filtrantes. Densidad aproximada, uno punto tres. Creo que nos vale bastante.
El planeta ofrecía un inmejorable aspecto y poseía un tanto por ciento más elevado de superficies de agua que el propio planeta Tierra.
Claudy, que controlaba los sensores de temperatura a larga distancia, observó:
—Las temperaturas son algo excesivas en el ecuador del planeta.
—¿Qué temperatura le calculas? —inquirió Linx Blanc.
—En el centro del ecuador, durante el verano de este desconocido planeta y a la hora punta del mediodía, unos ochenta grados, quizás más.
—No habrá quien soporte esas temperaturas —mascculló Glot.
—Eso no lo sabemos —objetó Linx Blanc—. Si hay agua, con esas temperaturas tan altas se formarán unas densas nieblas que harán bajar la temperatura a ras del suelo.
—Sí, pero será como meterse en una sauna —gruñó Glot.
Linx Blanc preguntó:
—¿Y los casquetes polares?
—Veinte bajo cero —contestó Claudy.
—Algo suaves tenderán a los deshielos.
—¿Crees de verdad que hay alguien en ese planeta? —preguntó Burt, apareciendo en la sala de mandos que poseía cristaleras con una visión perfecta en trescientos sesenta grados.
La pantalla de visión a través de la telescopía se hallaba sobre una mesa en la que podían aparecer cuadriculados para medir posiciones en el espacio.
—Nos pondremos en órbita de mil doscientos kilómetros. Daremos veinte vueltas y trazaremos un plano fotográfico del planeta antes de decidir.
Sánchez preguntó:
—En realidad, ¿qué dice su mensaje?
—No es comprensible para nosotros —respondió Linx Blanc.
Todo iba bien. La cosmonave de la Confederación Terrícola avanzaba hacia su objetivo, era una cosmonave de vigilancia y exploración galáctica.
Estel observó:

—Su lenguaje radiocósmico nos es desconocido pero es intermitente.
—¿De cuantas frases? —preguntó Burt.
—Ocho. El mínimo para considerarlo inteligente y no señales radiocósmicas fortuitas, es tres.
—¿Podrían producirse palabras en ondas radiocósmicas f de tipo natural?
—No se ha dado ningún caso —replicó Estel.
—Pero, ¿podría darse? —insistió Burt.
—Si es un fenómeno natural, no tardaremos en averiguarlo —cortó Linx Blanc.
Todo era un enigma y todos los miembros de la tripulación se decían que podían estar ante algo grande, quizás una nueva e ignota civilización planetaria dentro de la galaxia.
Volta-244 entró en tangente en la órbita de mil doscientos kilómetros.
Automáticamente se pusieron en funcionamiento los motores para quedarse orbitando el planeta. Nada fallaba y el planeta quedaba a su alcance con la velocidad reducida al mínimo.
—¿La «sesera» no ha conseguido aún descifrar el mensaje? —preguntó Glot.
Atención, atención —pidió Estel, y todos dentro de la cosmonave se pusieron en tensión.
—¿Qué sucede? —inquirió Linx Blanc.
—Acabo de detectar una metrópoli, objetivo claro, una metrópoli producto de una civilización evolucionada.
—Ponía en pantalla —ordenó Linx Blanc.
—Ya no es posible—respondió Estel.
—¿Por qué?
—Hemos rebasado las coordenadas aptas para la telescopía, habrá de ser en la próxima órbita.
—Todo listo para observación, al máximo los sensores en la siguiente órbita. Hay que almacenar información en la memoria de la sesera para que luego nos de soluciones.
Todos se pusieron a trabajar febrilmente, era el momento crucial de aquella exploración en la que acudían a la llamada de una frase intermitente y radiocósmica desconocida.

CAPÍTULO II

Tomaron imagen de la gran metrópoli descubierta por Estel, una imagen que luego, por el videotape tridimensional, podrían estudiar a fondo, aplicándole las lentes de aproximación.
En la siguiente órbita descubrieron hasta seis metrópolis más en aquel desconocido planeta que no habían querido bautizar, ya que los aborígenes del mismo debían haberle dado ya un nombre.

Todos ansiaban ver qué era lo que de nuevo y extraño tenía para ellos la gran metrópoli, pero la sorpresa fue grande.
—No hay vida —dijo Linx Blanc.
Estel opinó:
—Es una ciudad desierta, como si hubiera sido arrasada con bombas de neutrones.
—¿La bomba que se empleó hace milenio y medio? —preguntó Claudy.
—No nos precipitemos —pidió Linx Blanc—. Puede tratarse de una desaparición de la especie que habitaba esta macrociudad.
—¿Una guerra bacteriológica, por ejemplo?
—Si hay que bajar, habrá de ser tomando todas las precauciones para tener el máximo de garantías de que sobreviviremos —advirtió Sánchez.
Por su parte, Glot gruñó:
—Sería más sensato olvidarse de este planeta. Parece un cepo planetario.
—¿Un cepo? —repitió Estel, con una sonrisa irónica.
Linx Blanc puntualizó:
—Descenderemos, pero con trajes de protección.
—¿Quién bajará? —preguntó Glot alzando el labio inferior, como molesto y presto a la desconfianza.
—Bajaré yo —dijo Linx Blanc.
—Yo te acompañaré—indicó Burt.
—No, tú eres el segundo de a bordo. Si me ocurre algo, tú te quedarás al mando de la cosmonave.
Estel indicó:
—Yo te acompaño.
—De acuerdo y también bajará Sánchez.
—¿Tres y tres? —preguntó Burt.
—Sí.
Glot se echó hacia atrás en su butaca.
—Me parece bien. Os vigilaremos desde aquí arriba, pero será mejor colocarnos en órbita fija para mantener una observación constante.
—Situaremos la cosmonave en órbita fija cuando hayamos tomado el mapa fotográfico de todo el planeta. Por sensores infrarrojos conoceremos las áreas cálidas y las frías, la vegetación y puntos de calor localizados como volcanes, géiseres o lugares de calor constante.
—¿Algún centro energético no natural? —preguntó Estel.
—Quién sabe, pueden estar alimentando esas ciudades con energía nuclear.
—¿Térmicas nucleares? —preguntó Burt—, Ese es un sistema caduco que en nuestro planeta no dio buenos resultados.

—Sólo son hipótesis. Cuando obtengamos más datos, la «sesera» los estudiará automáticamente y nos dará los resultados que hagan falta. Claudy, Burt y tú también, Glot, poneos a los controles para ir tomando el mapa durante las órbitas. Estel, Sánchez y yo nos vamos a descansar, hay que estar en perfecta forma para el descenso, no sabemos lo que nos espera.
—¿Es imprescindible descansar? —preguntó Estel.
—Sí, hay que tener todos los reflejos en perfecto estado.
—Haré yoga.
—De acuerdo, yo también lo haré. Burt, avisa a Sánchez.
Siete horas más tarde se vestían con los trajes de protección. No eran demasiado molestos ni voluminosos; eran trajes que les aislaban de los posibles microorganismos que pudieran flotar en el ambiente.
El aire no lo llevan consigo, sino que un filtro lo purificaba; no obstante, portaban un remanente sólido transformable de aire por si quedaban envueltos en una atmósfera de aire venenoso contra el cual el filtro no sirviera.
—Orbita fija colocada —indicó Burt.
—¿Hora? —preguntó Linx Blanc.
—Hora cinco cuatro tres siete dos punto cero uno dos —le respondió Burt que ya se había puesto al mando de la cosmonave Volta-244.
—Llevaremos armas por si surge algún problema grave. Tened listo el *llamp-cannon*.
—Descuida, Linx, estará listo y apuntando a las coordenadas que indiquéis.
—Podéis seguirnos por telescopía —señaló Linx Blanc, ya desde la lanzadera en la que acababan de acomodarse.
Estel, Sánchez y el propio Linx Blanc, iban equipados con los útiles de exploración y cada uno de ellos llevaba el micro-televideo comunicador, una pantalla de pulgada y media con la que podían ver a los que se hallaban al otro lado de la telecomunicación por láser.
El problema consistía en que aquel tipo de aparato sólo funcionaba bien si podía trazarse una rectilínea entre el diminuto aparato de pulsera y el sitio con el que se contactaba, sin que hubiera ningún obstáculo de por medio. Si se internaban en algún edificio, el telecomunicador audio funcionaba, pero no el televisor y debían de tenerlo en cuenta.
—¿Todo listo? —preguntó Linx Blanc.
—Cuenta atrás en doce, once, diez...
—Adiós —les dijo Linx, con los atalajes sujetos en torno a su cuerpo, lo mismo que Estel y Sánchez.
—Suerte —deseó Burt cuando ya en la pantalla aparecía el número uno y luego el cero.
Se produjo como una explosión y la lanzadera salió despedida al

espacio, catapultada por millones de caballos de vapor de fuerza.
El cohete de propulsión funcionaba con todo su poder y la lanzadera semejó perderse en el espacio; mas describió un giro, hábilmente maniobrada por las manos de Linx Blanc, y entró en la atmósfera del desconocido planeta a los pocos segundos.
Mientras descendían sobre la metrópoli en espiral, como para mejor observarla, Linx Blanc comentó:
—Hubiera sido mejor llevar al androide con nosotros.
—Siempre podemos hacer otras exploraciones —observó Estel.
—No sé si encontraremos algo interesante —manifestó Sánchez—. Todo está muy quieto ahí abajo.
La lanzadera de los humanos terrícolas descendió hasta posarse suavemente sobre la plaza de un parque.
—Un lugar muy bucólico, pero no tiene nada importante —dijo Estel.
—Enviaremos imagen y que la «sesera» nos diga qué tal está este sitio. Los árboles y las plantas en general no parecen haber sufrido —opinó Linx Blanc.
Estel añadió:
—Lo que descalifica el que la especie inteligente de este lugar pudiera desaparecer a causa de un bombardeo de neutrones, ya que también hubiese matado a los vegetales.
—Los vegetales son más resistentes que el ser humano —objetó Sánchez—, En muchas ocasiones, las plantas semejan muertas y llegan a desaparecer bajo tierra, pero en otros ciclos vuelven a brotar. Han podido transcurrir décadas de este sistema estelar, quizás siglos, y recuperarse la vegetación en este planeta. En cambio, es muchísimo más difícil que la repoblación vuelva por sí sola entre los animales superiores, en los que nos incluimos nosotros.
—Atención, Burt, ¿me captas?
—Perfectamente —respondió el interpelado desde la cosmonave que permaneció en órbita fija.
—¿Ves todo nuestro entorno?
—Si. Linx, y todo está en orden. No hay movimiento de clase alguna, todo parece muerto.
—Sin embargo, hay vegetación.
—Eso también está claro. Las especies son normales, no distintas a las de nuestro planeta, sólo hay variaciones de subespecies, lo que indica que la evolución vegetal en este planeta es similar.
—Avancemos —dijo Linx.
El vehículo enfiló por un paseo de aquel parque carente de vida animal.
Salieron del parque y enfilaron por una amplísima avenida. Los edificios que se levantaban a derecha e izquierda tenían una arquitectura extraña y quedaban aislados unos de otros por grandes

parterres. Parecían construcciones muy adelantadas.
—¡Allí hay vehículos detenidos! —exclamó Estel.
Linx Blanc aproximó la lanzadera a los vehículos estacionados frente a los edificios. Eran vehículos similares a los primitivos automóviles de gasolina utilizados en el planeta Tierra dos mil años atrás.
—¿Crees que esos chismes funcionarán? —rezongó Sánchez.
—Quizás lo probemos en otro momento; ahora, sigamos.
—No se ve absolutamente a nadie —indicó Estel.
Sánchez apuntó:
—El aire exterior no está contaminado.
—Si hay alguien vivo por aquí, tiene que habernos visto —dijo Sánchez.
Observaba alrededor suyo escrutadoramente, lo mismo que hacían los demás, incluso desde la propia cosmonave Volta-244 donde a través de las pantallas podían ver todo lo que captaban con sus cámaras de telescopía y asimismo todo lo que captaban los miembros de la expedición con las telecámaras de la lanzadera.
—Atención, atención, somos amigos, somos amigos. Pertenecemos a una civilización lejana de la vuestra, venimos en son de paz, queremos establecer contacto.
—¿Crees que te entenderán? —preguntó Estel cuando Linx Blanc dejó de hablar por la megafonía exterior. Su voz se había expandido y debía haber llegado con perfecta nitidez a lo más alto de aquellos edificios que poseían ventanas de extrañas formas.
—No hay nadie —casi sentenció Sánchez.
Linx Blanc propuso:
—Tendríamos que detenernos frente a uno de esos edificios y explorar su interior.
—¿Cuál crees que será el idóneo para explorar? —preguntó Estel.
—Sigamos paseando hasta que lo encontremos.
Linx Blanc pilotó la lanzadera hasta situarse frente a un edificio en el que había extraños grabados a derecha e izquierda de la puerta principal.
—Las puertas están cerradas y parecen muy sólidas —musitó Estel.
—Si no hay nadie, no importará mucho que violemos la entrada —opinó Sánchez.
—Pero si hay alguien y aparece después, podrá interpretarlo como una señal de violencia.
Estel pidió más que sugirió:
—Te acompaño.
Linx Blanc miró a Sánchez, interrogante.
—¿Cuidarás de todo?
—Sí, cómo no. Si aparece algo raro, actuaré a la brava.
Ambos sonrieron. La sangre latina de Sánchez había quedado de

manifiesto y no hablaba por hablar. Sabían que si llegaba la ocasión, Sánchez era todo temperamento, todo corazón, todo amistad y entrega.
Pese a que previamente habían comprobado que el aire exterior no se hallaba envenenado, salieron de la nave lanzadera con el casco protector que llevaba incorporado el filtro de aire por si en el ambiente había microorganismos en suspensión que pudieran provocarles alguna terrible enfermedad, pues de lo que no cabía duda era de que la civilización que había edificado aquella metrópoli había desaparecido y por el estado de conservación general, no debía hacer mucho tiempo de ello.
—¿Preocupada? —inquirió Linx Blanc volviéndose hacia la muchacha.
—No; en tensión, sí.
—Pues, adelante y ten el dedo listo en el disparador, pero no te cargues a alguien que aparezca en son de paz.
—No temas, no me dejaré llevar por la tensión.
—Vamos.
Se dirigieron a la puerta que semejaba de bronce o de alguna aleación metálica que le daba un aspecto similar.
Todo estaba vacío en torno a ellos. A bordo de la lanzadera, encarada con ellos, Sánchez vigilaba atentamente.
Linx Blanc trató de abrir la puerta de doble hoja, pero ésta no cedió.
—¿Está cerrada? —inquirió Sánchez por el telecomu—nicador.
—Sí.
—¿Qué vais a hacer?
—Abrirla —respondió Linx Blanc.
—¿A la brava?
—Con el fusil incinerador.
Linx Blanc retrocedió unos pasos y Estel le imitó. Linx apuntó a lo que parecía la cerradura y oprimió el gatillo del fusil. Brotó el dardo rectilíneo que tocó de lleno en el lugar elegido.
El metal se fundió y apareció un boquete donde había impactado el dardo.
Linx Blanc dejó de disparar, se acercó a la puerta y empujó con la bota. Esta cedió pesadamente.
El interior no se hallaba a oscuras, la luz diurna entraba por altos y grandes ventanales.
—Parece un gran templo —opinó Estel.
—O un gran palacio.
—¿Palacio de algún rey o emperador? —preguntó Estel.
—No sé, pudo ser un centro de reunión del pueblo o de los representantes del pueblo.
—Linx, fíjate en el suelo.
Todo estaba sucio. Había muchos restos de ropas o algo que se le

parecía y también huesos similares a los humanos o quizá idénticos a éstos.
—Aquí ha muerto mucha gente.
—No están los cráneos.
—Es cierto, pero sí hay huesos de distintas partes del cuerpo.
Al ver que el hombre se inclinaba, Estel preguntó:
—¿Vas a coger una muestra?
—Tomaré muestras de un par de huesos y un poco de ropa.
—¿Quieres que yo también coja algo?
—Sí, toma algo que se parezca a una manga o a un pantalón.
—¿Para conocer las proporciones antropométricas?
—Eso es. Tendremos una idea del tamaño y la forma de los seres que sin duda fueron masacrados aquí.
—¿Por qué dices masacrados y no que murieron de forma espontánea?
No estaría todo tan desperdigado. Es como si hubieran sido atacados por una jauría de perros enloquecidos. Fíjate en las ropas, están hechas jirones y no me extrañaría que en el microscopio comprobáramos que los huesos han sido roídos.
—¿Eso querría decir que por aquí hay bestias feroces? —preguntó Estel mirando en derredor, preocupada.
—O había. Una vez se acaba la comida, es decir, los seres atacados, pudieron emigrar a otra parte. Aquí no se ve a nadie.
—¿Y cómo podríamos averiguar la forma que tienen los animales atacantes?
—Animales lo somos todos, pero si te refieres a que los que han atacado con tanta ferocidad no son inteligentes, puedes caer en un error.
—Si han atacado de esa forma tan bestial...
—Milenios ha nuestros ancestros en el planeta Tierra atacaban con la misma ferocidad y no era rara la antropofagia en la guerras primitivas, máxime si se había empleado la táctica del asedio. Anda, lleva esas muestras a la lanzadera.
—¿Te quedas solo?
—Daré una vuelta; por aquí no hay nada más que restos de seres civilizados a juzgar por sus ropas. Tú quédate en la lanzadera.
Estel cargó con dos huesos distintos y algunos jirones de ropa.
Linx Blanc aguardó a que ella saliera de aquella especie de palacio o gran catedral; después, se internó en él.
Los restos abundaban por todas partes. Debían haberse encerrado allí para escapar de sus enemigos, pero éstos debían haber penetrado en el edificio por alguna parte que, sin duda, no había sido la puerta, aquella puerta que habían abierto con el sofisticado fusil incinerador, capaz de concentrar en un punto dado decenas de miles de grados en

un solo segundo.
Se encontró con otra gran puerta medio abierta y que daba acceso a un hemiciclo semejante al de un parlamento europeo. Lo observó todo con ojos críticos.
El aire que respiraba estaba filtrado y no olía mal, pero allí debía haber ocurrido una gran tragedia. Seguían sin aparecer las cabezas de los seres allí masacrados y sin duda alguna, devorados por fieras.
—¿Estás bien, Linx? —preguntó Sánchez.
—Muy bien —respondió por el telecomunicador audio.
—¿Alguna novedad?
—Todo más o menos como te habrá explicado Estel. Hay que hacer una inspección más a fondo.
—Ahora ya tenemos datos para empezar a investigar —dijo Sánchez.
—Sí, díselo a los de la cosmonave, yo regreso ahora.
Retrocedió despacio, mirando en torno suyo.
Salió al fin de aquel edificio que ahora le parecía más un parlamento o centro de reunión del pueblo.
Ya en el exterior, llamaron su atención desde la cosmonave Volta-244 que seguía en órbita.
—Linx, veinte pasos a tu derecha hay un ser extraño que te vigila.
—¿A mi derecha? —preguntó, mirando el visor de su muñeca en el que aparecía el rostro de Burt.
—Sí.
—No veo nada.
—Con la cámara de telescopía normal tampoco lo veíamos nosotros, pero Glot ha empleado el visor de infrarrojos. Te paso la imagen que recibimos.
En la diminuta pantalla de pulgada y media, adosada a su muñeca, Linx Blanc pudo ver un ser cuyo rostro no se perfilaba con perfección pero debía ser inteligente.
Se hallaba erguido sobre sus pies, mas tenía notables diferencias con los humano-terrícolas.
Linx miró hacia su derecha y continuó sin ver nada; aquel ser era invisible o transparente, que objetivamente era lo mismo.
Después, examinó con más atención la imagen de su minipantalla. No cabía duda de que estaba allí. Lo más extraordinario de él eran sus brazos; eran dos, pero a la mitad de los mismos se abrían en tres brazos más con sus respectivas manos, claramente provistas de tres fornidos dedos.
—Venimos en son de paz —dijo Linx Blanc, volviéndose hacia él.
Aquel ser desapareció por el canto del edificio. Linx corrió tras él al tiempo que pedía;
—¡Sánchez, a ver si lo atrapamos!
La lanzadera se puso en marcha, elevándose.

Cuando Linx Blanc, que se había adelantado, llegó a doblar la esquina, descubrió un alcantarillado. El extraño ser había desaparecido por el hueco.
Linx Blanc se detuvo y al tiempo que alzaba su mano pidiéndole a Sánchez que detuviera la nave que pilotaba, le dijo por radio;
—Alto, no vamos a perseguirlo, habrá tiempo para ello.

CAPÍTULO III

Entre Claudy y Glot analizaron los restos hallados, no había duda de que la muerte había sido con gran violencia.
Las ropas de fibras naturales vegetales estaban teñidas con sangre seca por el tiempo y los huesos, marcados por unos dientes o garfios con borde de sierra y puntiagudos. Evidentemente, eran dientes tan grandes como poderosos.
—¿El ser que hemos localizado por infrarrojos será uno de los supervivientes de la masacre? —preguntó Claudy.
—No lo creo —opinó Linx Blanc.
Glot, rascándose la cabeza, inquirió:
—¿Por qué no?
—La ropa no parece la idónea para ser usada por ese tipo que solo es visible por infrarrojos. Pasemos la grabación por pantalla.
El ser descubierto volvió a quedar ante los ojos de los terrícolas, reunidos todos a bordo de la cosmonave Volta-244.
—¿Qué tamaño tendrá? —preguntó Estel.
—Podemos calcular que es un cincuenta por ciento más alto que nosotros —opinó Linx Blanc.
—Este ser no viste ropas como los masacrados dentro del templo o palacio.
—¿Habrá más muertos dentro de los otros edificios? —inquirió Sánchez.
—Es una posibilidad que exploraremos —indicó Linx Blanc.
—¿Y si ese ser invisible es el atacante, el asesino? —aventuró Estel.
—¿Un ser bestial solo contra tantos y civilizados?
A la pregunta algo irónica de Glot, Linx Blanc replicó:
—Tiene la ventaja de no resultar visible a nuestros ojos y posiblemente tampoco lo fuera para sus víctimas; no obstante, uno solo no habría podido causar tanto daño como hemos descubierto. Quizás existe una colonia de esa clase de seres, lo que ignoramos es hasta dónde llega su inteligencia.
Se ha comportado como lo hubiera hecho un perro callejero.
—No es un perro de este planeta, es algo peor —insistió Burt mirando al ser que movía sus brazos que se trifurcaban y, por tanto, poseía seis manos.

—No me atrevería a luchar contra él cuerpo a cuerpo expuso Glot—. Con tantos brazos, mientras te estás peleando con unos, le sobran manos para estrangularte.
—¿Habrá supervivientes entre los atacados? —se preguntó Estel en voz alta, aún sabiendo que nadie podía darle una respuesta concreta.
—Todas las metrópolis que hemos captado están vacías, tan vacías como la que habéis visitado —indicó Burt.
—Pero, a esos tipos tan feos debíamos haberlos captado antes gruñó Glot —me refiero a con los rayos infrarrojos.
—Si se esconden en el alcantarillado o en galerías del subsuelo, no es fácil que sean detectados. Es posible que ese ser al que hemos podido grabar haya salido a observarnos.
Por su parte, Estel opinó:
—Y se ha acercado tanto creyendo que no iba a ser descubierto.
Así debe ser —asintió Linx Blanc—. Es muy posible que los que murieron masacrados y devorados no vieran a sus atacantes por la invisibilidad de éstos.
Ese ser invisible se habrá quedado muy sorprendido cuando tú te has encarado con él —le dijo Burt a Linx Blanc.
—Sí, ha reaccionado con temor porque parecía demasiado seguro de que no iba a ser visto.
Glot dio un puñetazo sobre la mesa al tiempo que exclamaba:
—Pues, con nosotros se ha fastidiado, porque sí podemos verlos, para eso tenemos los visores de infrarrojos.
Sánchez observó:
—Hemos llegado a bastantes conclusiones, pero la «sesera» no ha dicho nada aún.
—¿Has pasado todos los datos a su memoria? —preguntó Linx Blanc a Burt.
—Sí, todos los datos, incluidos los de los huesos y el análisis automático de los restos de sangre. Nos dará hasta el tiempo que hace que está muerto, me refiero al que poseía el brazo, claro.
—Y las cabezas, ¿por qué han desaparecido las cabezas? —preguntó Glot.
—Se las habrán llevado a alguna parte —le replicó Sánchez.
—Hay que localizar el lugar exacto de donde proceden las señales radiocósmicas que hemos detectado dijo Linx Blanc—. Si hay supervivientes, pueden estar refugiados en ese lugar. Quizás ellos, poseyendo otros adelantos, no posean el de ver a través de infrarrojos.
Linx Blanc se dirigió a la capilla de la «sesera» y se acomodó ante el teclado y la pantalla del computador general para enfrentarse con aquel complejo bioelectrónico que parecía poseer vida propia
—¿Qué datos aproximados has extraído del hueso que te hemos

dado? —tecleó.
La respuesta apareció en la pantalla.
—Siguiendo las proporciones de los humano-terrícolas, las medidas antropométricas son: Uno setenta y siete de estatura, setenta y un kilos de peso en gravedad terrestre. Envergadura de brazos, metro sesenta y tres.
La computadora dio hasta los grupos sanguíneos.
—¿Qué hay sobre el ser captado por infrarrojos?
La «sesera» volvió a dar la respuesta por escrito.
—Composición desconocida. Emisión de calor, cuarenta y tres grados Celsius. Actitud pacífica y huidiza. Grandes posibilidades de ataque físico.
¿Podemos capturarlo? —preguntó Linx Blanc, pues dentro del complejo memorístico de la computadora estaban bien grabadas las normas de la carta espacial a la que se hallaban sometidos.
—La norma X-10, apartado veinte, indica que los exploradores del espacio que lleguen a cualquier astro y detecten la presencia de seres animados inteligentes, no deberán jamás perseguirles para darles caza como si se tratara de animales irracionales.
—Entendido, pero ¿y si no se deja estudiar?
—Repito, la norma...
—Ya, ya, según la norma no se debe perseguir a ningún alienígena animado inteligente, pero ¿y si somos atacados por él?
Se deberá actuar con cautela y siempre con actitud defensiva, no ofensiva. Es lo que dicta la norma Z-12.
—Pues, para investigar de esta manera, cerramos los circuitos y nos largamos al espacio —gruñó, molesto.
Hay orden de investigar señales radiocósmicas receptadas siempre que superen la posibilidad de una frase con tres palabras. Las señales radiocósmicas receptadas componen frases intermitentes de ocho palabras, comprobado.
—De acuerdo, investigaremos, pero tomaremos decisiones propias; de lo contrario, debieron, mandar solo androides somos humanos, no robots biónicos.
En aquella ocasión, Linx Blanc había hablado en voz alta, rodeado de miles de controles luminosos. Cerró los circuitos y abandonó la capilla de la «sesera».
No tardó en enfrentarse con el androide que llevaban a bordo.
—La verdad es que no tienes un aspecto demasiado humanoide —rezongó Linx Blanc— pero impones.
—No comprendo órdenes —respondió el androide.
Tendrás listo tu lanzador de rayos paralizantes y el teleincinerador y utilizarás los infrarrojos en todo momento.
—Rayos paralizantes en perfecto orden.

El androide mostró unos rayos desiguales que brotaban de los dedos de su mano derecha.
—Eh, no vayas a probar ahora el teleincinerador, podrías agujerear la chapa de la cosmonave.
—No compruebo incinerador. Veo por infrarrojos.
Al entrar Linx Blanc en la sala de control, Burt le comunicó:
—Hemos localizado el lugar de emisión de las señales radiocósmicas.
—¿Dónde está?
—En lo alto de una isla rocosa, junto a la costa.
—¿Un islote rocoso?
—Si, pero bastante alto. En realidad, es una aguja rocosa.
—¿Puedes tomar imagen?
—Sí, pero por poco tiempo, pronto anochecerá en esa zona.
—Bien, veamos el islote.
En la pantalla que tenían sobre la gran mesa circular apareció uno de los océanos del desconocido planeta Cuatro. Podía verse la costa con acantilados de aspecto inaccesible y varios islotes rocosos.
La imagen se fue centrando en uno de ellos; se trataba de una aguja rocosa de considerable altura.
—Es curioso, hay un poco de vegetación.
Burt objetó:
—Hay plantas que nacen en la mismísima roca.
—No se ve ninguna antena —opinó Estel que se había unido a ellos.
—Puede estar disimulada entre dos pequeñas rocas o ser sólo una micro antena no visible. ¿Qué altura crees que puede tener ese islote?
—¿Contada desde el nivel del mar?
—Sí.
—Doscientos metros, aproximadamente.
—Es mucho para lo delgada que es, ¿no?
—No se ve ningún habitáculo desde el que se pueda emitir, aunque sea de forma automática —dijo Estel.
—Hay que investigar en ese punto clave —decidió Linx Blanc.
Burt preguntó:
—¿Y la persecución del alienígena?
—Sabemos por donde se fue y es un asunto a. investigar, pero primero hay que descubrir por qué de ese islote aguja parten señales radiocósmicas. La «sesera» nos ha despertado de la hibernación precisamente por esas señales; no obstante, mantendremos vigilada la metrópoli. Que Glot controle la observación constante con los sensores de infrarrojos es posible que veamos a esos seres desplazarse de un lugar a otro. Si lo hacen, hay que trazar un mapa de sus recorridos, eso puede servirnos de mucho cuando vayamos tras ellos.
Y la investigación del islote, ¿quién la llevará a cabo? —quiso saber

Burt.
Descenderemos el mismo equipo y continuaréis en la cosmonave Burt, Claudy y Glot. Desde este punto fijo orbital se puede controlar la metrópoli y el islote que se halla a algo más de doscientos kilómetros de la metrópoli.
—¿Cuándo piensas descender?
Dentro de siete horas comenzaremos los preparativos hay que descender al amanecer de este lugar en concreto. Ahora, debemos turnarnos en la observación.
Podemos turnarnos Claudy, Glot y yo para estar atentos a la vigilancia y observación de los objetivos. La cosmonave se puede dejar en control automático en manos de la «sesera».
—Me parece bien. Es posible que tengamos próximas experiencias fatigosas y también desagradables.
—¿Piensas en algún tropiezo con esos seres de ferocidad evidente?
—No quiero pelearme con ellos, tendría que barrerlos con el fusil incinerador y la «sesera» dice que las normas de la carta espacial prohíben perseguirlos para capturarlos y tratar de averiguar qué es lo que hacen.
—Entiendo. Los conflictos que tengan en su seno una civilización extraterrestre debe resolverlos por sí misma sin nuestra intervención.
—Pues así será, pero me temo que no podremos evitar intervenir en un genocidio, el genocidio de una civilización evolucionada y cometido por unos seres extraños que pueden ser de este planeta o extraños a él.
—Si fueran extraños, quizás nuestra intervención si estaría justificada. —Puso su mano sobre el hombro de Burt, al que, además de su segundo en la cosmonave, consideraba un amigo—. Hay que dejar unas horas de tiempo y luego, cuando podamos investigar en ese islote rocoso tan estrecho y elevado, sabremos algo más.
—Es posible que en su base haya una estación automática de señales radiocósmicas que pudo ser puesta en funcionamiento antes de que se consumara el genocidio total.
—Lo averiguaremos, Burt, lo averiguaremos. Encárgate tú de distribuir los turnos de vigilancia. Ah, y en la próxima ocasión nos llevaremos al androide. Es posible que nos sirva de defensa por si somos atacados sorpresivamente, ya que hemos sido descubiertos por esos extraños seres invisibles que sólo pueden ser detectados mediante visores de infrarrojos.
—¿Quieres programarlo para algo especial?
—¿Al androide?
—Sí.
—No, no es necesario, ya lo he programado para que vea por infrarrojos además de la visión normal y la de los rayos X.

—De acuerdo. Que tengáis un buen sueño.
Linx Blanc se alejó hacia su hábitat. Se encontró con Estel que salía de la pequeña sauna que llevaban a bordo para limpiar sus cuerpos de toxinas.
La joven llevaba una bata de toalla con el escote muy abierto y el cabello metido dentro de una gorra impermeable.
—¿Está libre la sauna?
—Sí —respondió ella—. Acabo de dejarla libre y esta calentita.
—Nosotros comeremos ahora y descansaremos después para hacer un nuevo descenso sobre el planeta, justo al amanecer.
—¿Y los turnos de control y vigilancia de la cosmonave?
—Se los repartirán Burt, Glot y Claudy que permanecerán a bordo.
—Un descanso ahora me va muy bien después de la sauna.
—Estel, te voy a decir algo importante.
Ella le miró directamente a los ojos mientras se quitaba el gorro. Los cabellos le cayeron sobre hombros y espalda.
—Al descender por primera vez íbamos a enfrentarnos a lo desconocido. Somos exploradores, pero no milicianos de la Confederación Terrícola. Ahora sabemos que abajo hay peligro, seres que pueden atacar con ferocidad y contra los que no podemos hacer otra cosa que defendernos.
—¿Qué es lo que quieres decirme?
—Que si no deseas bajar en la próxima expedición, eres libre de no hacerlo. Tu misión es observar y explorar, pero cuando hay peligro, es tu derecho hacerlo desde la propia cosmonave a través de las cámaras de telescopía y sensores. Descender para hacer más averiguaciones es una decisión personal mía.
—¿De verdad piensas que iba a negarme a acompañarte?
—No, no lo creo, pero es tu derecho. Abajo puede que se pongan las cosas feas. Hemos visto demasiados huesos esparcidos y ropas destrozadas. El ser que detectamos por infrarrojos tiene aspecto de ser peligroso.
—Vamos armados.
Pero nos vamos a desenvolver en su medio, en los lugares que ellos conocen a la perfección. De lo que no cabe duda es que los restos de seres civilizados que encontramos no pertenecen antropométricamente al ser que detectamos por infrarrojos.
—¿Estás seguro de que fue ese individuo supuestamente invisible y otros de su misma especie los que genocidaron a los habitantes de la metrópoli?
—Sin pruebas no puedo estar seguro, pero lo creo.
—Entonces, iremos con cuidado con ellos.
—Siempre he pensado que eres muy valiente, Estel.
—Gracias, pero tú también lo eres. ¿O crees que afrontar las

situaciones difíciles o peligrosas sólo es patrimonio de los varones?.
—No, no lo creo. Bueno, la verdad es que deseaba decirte algo, pero no debo hacerlo.
—¿Por qué no? —preguntó ella con un ligero tono de desafío.
—Estel, me gustas,
—Vaya, ¿te has fijado en mí?
—Sí, nada más verte, eres mi tipo.
—Alta, morena, de cabellos lacios, ojos claros... ¿Cómo dirías tú que tengo la boca?
—Sensual, algo carnosa y firme cuando lo deseas.
—La definición me parece muy agradable.
—¿Te estás burlando de mí? —preguntó Linx Blanc.
—Ño, claro que no. Tú también me gustas, pero ya sabes que las ordenanzas prohíben las relaciones sexuales entre los miembros de una misma tripulación que se halle en misión operativa.
—Eso es lo que quería decirte —suspiró Linx Blanc.
—¿Todo un comandante de expedición exploradora y de observación como tú jamás ha incumplido una ordenanza.
—Hay incumplimientos más graves que otros. Transgredir una norma que no ocasione posteriores consecuencias o peligrosidad para la cosmonave o el resto de la tripulación no se considera grave; no obstante, la responsabilidad de un comandante siempre es superior a la del resto de la tripulación.
—Hay faltas que si no son denunciadas no se entera nadie.
—¿Puedo tomar tus palabras como una provocación?
Estel levantó sus manos y acarició las mejillas del hombre, sus mandíbulas fuertes. Se alzó de puntillas y le besó en la boca. Sonrió semicerrando los ojos y le dijo:
—Siempre puedes alegar seducción.
Tendió sus manos hacia ella. Notó la delgadez de su cintura, la sujetó y la atrajo hacia sí para besarla mejor. El beso duró ahora más, fue un beso largo y profundo al que ambos se entregaron.
—Creo que si en ocasiones no transgrediéramos pequeñas y arbitrarias normas en las que no hemos tomado parte al momento de redactarlas, no seríamos humanos sino androides.
Linx abrió el albornoz de Estel. Pasó sus manos hacia el interior y notó la piel desnuda, tal como había supuesto. La aprisionó entre sus dedos.
—No, Linx, aquí no es posible.
—Tienes razón, podrían descubrirnos y habríamos transgredido las normas. Voy a la sauna, no cierres la puerta de tu camarote...
Ella le besó de nuevo en los labios, fugazmente, pero sus ojos despedían calor.
¿Por qué en los viajes interestelares, tan prolongados, con

hibernaciones incluidas y con una peligrosidad reconocida no se permitía a los seres humanos amarse?
Linx y Estel se acogieron al principio fundamental de que las leyes y libertades brotan del propio instinto de supervivencia. Y supervivencia era el placer y la procreación siempre que en ningún momento se atentara contra la libertad del prójimo.
Estel no cerró electrónicamente su camarote.

CAPÍTULO IV

La lanzadera descendió en espiral sobre su objetivo que era aquel islote rocoso en forma de monolito natural, una roca extrañamente delgada, con no más de cien metros de radio por doscientos de altura, estrechándose en la punta que había resistido a todos los vientos y a los embates del océano.
Estuvieron observando las áreas de la costa, los acantilados y las pequeñas calas en las que abundaban las rocas entre la arena donde las aguas, levemente rojizas quizá por protozoos marinos rojizos, espumeaban airosas.
Rodearon el islote varias veces y a no mucha distancia, observándolo con atención, pero nada descubrieron.
—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sánchez.
—Pilota tú la lanzadera y acércala a la cumbre del islote.
—¿Vas a salir? —preguntó Estel que tenía los ojos limpios y llenos de vida.
—Sí.
—¿Piensas posarte en la cumbre del islote?
—Sí.
Sánchez advirtió:
—Será un riesgo grande.
—Me colocaré el auto-monocohete.
—Eso es otra cosa —asintió Sánchez.
La lanzadera se detuvo en el aire, suspendida en el vacío gracias al control antigravitatorio con el que se movía dentro de las atmósferas que envolvían a los planetas.
Linx Blanc abrió la portezuela ya con el auto-monocohete colocado a la espalda.
Saltó al aire al tiempo que lo ponía en marcha, llegando a la cumbre del islote en el que apenas podían tenerse en pie tres personas y en cuya cumbre había un matorral.
Linx Blanc mantuvo la tuerza del auto-monocohete para así luchar contra el fuerte viento que le azotaba y amenazaba con lanzarlo al abismo, a las olas que doscientos metros más abajo azotaban las rocas de la base del islote.

—Estel, Sánchez, este matorral es artificial.
¿Artificial? repitieron ambos al unísono, sorprendidos.
Sí, ha sido colocado aquí arriba con cemento.
Metió las manos entre aquel matorral artificial hasta hallar una punta brillante, disimulada.
—Ya he encontrado la antena desde la cual se emite Burt ¿me oyes?
—Sí, te oímos y te vemos perfectamente desde la Volta-244.
—¿Seguís recibiendo las señales radiocósmicas?
—Sí.
—Voy a colocar la cajita de Faraday para ver si se anulan las señales.
—Estaremos atentos.
—Allá va.
Colocó el aparato enfundando la pequeña antena y aguardó.
Las señales no se oyen ahora —advirtió Burt que se hallaba muy lejos de la superficie del planeta.
—Eso indica que hemos localizado con exactitud la antena de emisión.
—Pero, ahí no hay nadie —comentó Estel.
—Voy a descender buscando el cable, lo han disimulado muy bien.
Dio más tuerza a la propulsión del auto-monocohete, apartándose del islote rocoso. Después, comenzó a descender lentamente. Su vista iba escrutando la pared rocosa hasta que de pronto exclamó:
—¡Ya lo he encontrado!.
—¿El cable? —preguntó Estel.
—Sí, está muy bien disimulado, pero ya lo tengo.
Siguió la trayectoria del cable, sin perderlo de vista, hasta que llegó a rozar las olas marinas.
—Parece que desciende al fondo de las aguas.
—¿No irá hacia tierra firme? —preguntó Estel desde la lanzadera que, pilotada por Sánchez, había descendido para no quedar lejos de Linx Blanc.
—No lo sé, habría que hacer inmersión submarina. Burt, ¿me oyes?
—Te capto perfectamente —respondieron desde la cosmonave en órbita donde todos permanecían atentos.
—Comprueba por infrarrojos si hay algún área del mar más caliente que otra.
—¿Crees que hay una base submarina? —interrogo Burt.
—Es una posibilidad.
—Ahora mismo te daré los datos.
—De acuerdo, yo voy a regresar al interior de la lanzadera.
Subió hasta la portezuela de la lanzadera y detuvo el auto-monocohete. Se quitó los atalajes, penetró en el vehículo y cerró la portezuela herméticamente.
Burt indicó:

—Hay dos corrientes cálidas dentro del océano.
—¿Y se entrecruzan?
—Sí, en un punto a medio kilómetro de donde estáis. Precisamente en este lugar hay un abismo submarino y se alcanza una profundidad de doscientos metros con mucha facilidad En el cruce de las dos corrientes de aguas cálidas hay como más intensidad térmica.
—Vamos a dar una ojeada.
—De acuerdo, estaremos atentos para cuando salgáis de las profundidades marinas.
—Pasa primero las coordenadas de ese cruce de aguas calientes a la computadora de la lanzadera.
—Eso está hecho.
Burt oprimió un botón y el mapa del lugar, con sus coordenadas, pasó en forma automática a la memoria de la computadora de la lanzadera.
—Sánchez, vamos abajo. Sigue las coordenadas que nos acaban de pasar.
—Bien.
La lanzadera se sumergió con cuidado, detectando las rocas contra las que podían colisionar.
Se internaron en aquellas profundidades hasta que la luz de la estrella Dorada-98 dejó de verse.
Encendieron el monofaro de gran potencia e iluminándose con él avanzaron casi pegándose al suelo sólido de las profundidades acuáticas.
—¡Eh, mirad! —exclamó Estel.
—Si, eso no parece natural, aunque hay muchas incrustaciones.
—Es como una gigantesca bóveda de cristal —dijo Linx Blanc.
Estel preguntó:
—¿Habrá algo ahí abajo?
—No se ve nada, las incrustaciones cubren la bóveda, pues no me cabe duda de que se trata de una bóveda de cristal.
No llevamos equipos de submarinismo a bordo. Además, a esta profundidad, harían falta trajes especiales la presión es excesiva.
—Nosotros no podemos descender ahí, pero «Foll», el androide, es hermético —dijo Linx Blanc.
—Si envías al robot abajo, corres el riesgo de que tenga una filtración de agua y quede inutilizado.
—Si se inutiliza, lo rescataremos y lo pondremos en manos de Glot para que lo repare.
—Pobrecito «Foll» —rezongó Sánchez, mirándolo—. No me gustaría estar en su lugar.
Linx se enfrentó al androide y le ordenó:
—Vas a tomar una pala y limpiarás de incrustaciones el suelo que te indiquemos.

—Orden recibida.
—¿Por qué no utiliza su fuerza electro-antimagnética? —preguntó Estel, acercándosele.
—Corremos el peligro de que destruya la bóveda. Es posible que tenga mucho espesor, pero si no fuera así, podríamos provocar un gran desastre. Hay mucha presión de agua por centímetro cuadrado y si sé rompiera la bóveda, todo se inundaría de agua muy rápidamente.
—Si no está ya inundada —objetó Sánchez.
—Haremos que el androide la limpie y después, con el faro, iluminaremos a ver qué descubrimos.
El androide pasó a la escotilla de presión y descompresión. Se cerraron las compuertas interiores y luego se abrieron las del exterior.
El androide quedó rodeado por las aguas y ya no podía recibir órdenes por radio.
«Foll» caminó por encima de la gigantesca bóveda. Escogió por sí mismo un lugar que juzgó adecuado y raspó el suelo con la pala, descubriendo el cristal. Limpió lo suficiente para que pudiera ser iluminado por el monotaro.
—Dentro está totalmente oscuro, pero juraría que hay calor pese a que aquí las aguas ya son cálidas de por sí.
—Es una base sin duda, lo que ignoramos es si está vacía o hay alguien debajo —observó Linx Blanc.
—No hay luz y no se ve a nadie —observó Estel.
—Hay la posibilidad de que exista alguien ahí dentro pero que nos tema por considerarnos atacantes —opinó Linx Blanc.
—¿Cómo podríamos comunicarnos con ellos?
—Podemos pegar un altavoz subacuático a la bóveda y a través del cable intentar convencerles de que no nos tengan miedo, que somos amigos —indicó Linx.
Sánchez opinó:
—Servirá el intercomunicador espacial.
Pulsó dos botones y movió un dial, haciendo brotar un altavoz ventosa que estaba unido a un cable telemóvil que partía de la lanzadera. El micrófono ventosa se pegó al grueso cristal de la bóveda.
—Lo tienes dispuesto —comunicó Sánchez—, ¿Qué les vas a contar, si es que ahí abajo hay alguien?
—Es difícil. Además, mejor sería que hablara una voz cálida, una voz femenina.
—¿Yo?—preguntó Estel.
—Sí, puede que a ti te tengan más confianza.
—¿Y qué les digo?
—Háblales despacio, con amor, tú sabes hacerlo.
—No me digas —respondió con picardía.
Linx Blanc le dio una palmada en la nalga que Sánchez pudo observar

y sonrió.
Vamos, diles que somos amigos, que queremos ayudarles.
Estel se puso delante del micrófono y comenzó a hablar haciendo más cálida su voz. Su tono era muy amistoso, no había el menor atisbo de agresividad en ella.
—Amigos, no sé si podéis oírme, sí estáis ahí abajo, vivos o muertos. Somos humano terrícolas y venimos del Tercer Planeta de la estrella Sol. Queremos vuestra amistad, queremos ayudaros si es posible, pero para ayudaros necesitamos, saber si existís. Hemos visto vuestras metrópolis vacías. Hemos estado en la gran metrópoli y hemos podido comprobar vuestra tragedia. Viajábamos por los espacios interestelares cuando captamos vuestra señal radiocósmica y hemos acudido porque tuvimos la sensación de que os hallabais en peligro. Por favor, respondednos sí estáis vivos.
De pronto, al otro lado del cristal que conformaba la bóveda, se encendieron unas luces.
—¡Hay gente, hay seres, hay seres! —exclamó Sánchez excitado.
—Cálmate, podrían asustarse —le pidió Linx Blanc.
—Más se asustarán si ven al androide.
—Es cierto, hay que ordenarle que vuelva. Envíale señales lumínicas para que regrese y apagaremos el monofaro para no deslumbrar a los que se hallen en el interior de esta base subacuática.
Estel llamó al robot mediante señales lumínicas y éste regresó a la pequeña cámara de presión y descompresión que poseía la lanzadera.
Una vez apagado el monofaro, pudieron ver con mayor claridad las luces que se encendían dentro de la base subacuática.
—¿Como serán? —se preguntó Estel, muy nerviosa en aquel momento crucial.
—Al fondo, a la derecha, se ven dos siluetas.
Las dos siluetas se aproximaron al lugar donde la bóveda había sido limpiada de incrustaciones submarinas por su parte exterior.
—¡Son como nosotros! —exclamó Sánchez.
Parecían dos mujeres, aunque la visión no era muy perfecta.
—Es evidente que no son de la misma especie que el ser invisible que descubrimos en la metrópoli.
—Alcemos la mano derecha en señal de paz. No sé si lo entenderán, pero hemos de comunicarnos con ellos.
Los tres alzaron sus respectivas diestras en señal de paz.
Los dos seres que se hallaban al otro lado del grueso cristal que servía de bóveda a la base dudaron unos instantes, pero luego hicieron el mismo gesto.
Los humano-terrícolas sonrieron y los dos desconocidos les imitaron.
Tenían aspecto humano, quizá sus ojos resultaban más almendrados.

En cuanto al color de la piel, no se podía determinar bien debido a la distorsión del cristal y a la situación en que se hallaban, con el agua de por medio.
—Utiliza de nuevo el micrófono para hablarles.
—¿Qué les digo ahora?
—Lo que se te ocurra para convencerles. Sánchez, baja el volumen, no se vayan a asustar.
—Listos —dijo tras mover un dial.
Estel se enfrentó de nuevo con el micrófono y les habló utilizando un tono convincente.
—Amigos, venimos en son de paz. ¿Cómo podemos llegar hasta vosotros o vosotros salir de ahí debajo? ¿Dónde está la puerta para que podamos vernos más de cerca?
Los dos extraños hablaron entre sí, tenían abundante cabello oscuro, lacio y muy brillante. Después, se encararon con los terrícolas y uno de ellos habló, pero su voz no llegó hasta la lanzadera.
—Sánchez, envíales un micro.
—Esperad, esperad... pidió Estel—. Creo que capto algo.
Los dos cosmonautas la miraron. La joven, con los ojos semicerrados, se concentró y luego dijo:
—Dicen que no pueden rebelar cuál es la entrada de su base submarina.
Linx Blanc preguntó:
—¿Tienen miedo?
Estel transmitió la pregunta de viva voz.
—¿Nos tenéis miedo?
Aguardó la respuesta, concentrándose. Era evidente que les captaba en forma telepática.
—Dicen que no, pero que no pueden rebelar cuál es la entrada. Que este lugar es seguro para ellos.
—Diles que no deben temer nada de nosotros.
—No se fían —dijo Sánchez.
—Después de la masacre, lo comprendo.
Estel insistió.
—No debéis tenernos miedo, somos extraños a vuestro planeta.
Estel volvió a aguardar la respuesta y habló para que sus compañeros supieran lo que decían aquellos seres encerrados en el fondo del océano.
—Insisten en que no dirán nada porque así lo decidieron en asamblea.
—Vaya, por lo menos son democráticos —opinó Sánchez
—Pregúntales cuántos son —le pidió Linx Blanc.
—¿Cuántos sois?
Estel aguardó la respuesta telepática y tradujo:
—No pueden decirlo.

—Pregúntales por lo menos si son muchos.
—¿Sois muchos?
Sánchez y Linx, que no captaban los mensajes telepáticos que se cruzaban entre la muchacha y los dos seres encerrados al otro lado del grueso cristal, aguardaban.
—Los suficientes para supervivir.
—Pues, han tenido suerte —opinó Sánchez.
—Por lo menos han escapado unos pocos a la matanza, no creo que sean demasiados, aunque faltaría averiguar si tienen más bases como ésta.
—Pregúntales si quienes les atacaron ferozmente fueron esos seres que parecen invisibles.
Estel les interrogó y, una vez más, tradujo la respuesta.
—Dicen que, efectivamente, fueron los invisibles los que trataron de matar a todos sus hermanos. Los que consiguieron refugiarse en la bóveda submarina son los supervivientes.
—¿Cómo pueden vivir ahí abajo?
—Contestan que poseen los sistemas necesarios para vivir. Por lo visto no les falta energía ni alimentos, esta base es más grande de lo que aparenta.
—Pregúntales si esos seres invisibles son de este planeta o no.
La comunicación entre los extraños seres y Estel fue ahora más larga.
—Dicen que no los habían, visto jamás, que surgieron de pronto y comenzaron a atacarles y devorarles, sin que ellos supieran de dónde procedían los ataques ni cómo defenderse de los feroces asesinos invisibles. Trataron de luchar con todos sus medios, pero no lograron vencerles y fueron ellos los derrotados. Los que pudieron se refugiaron en esta base secreta de experimentación de vida subacuática. Los seres invisibles no pueden penetrar en ella porque no han aparecido dentro del mar y la entrada de la base es pequeña y muy controlada. Se sienten seguros ahora, pero no saben nada del exterior desde que se encerraron aquí. Pusieron en marcha la antena de mensajes pidiendo ayuda y la frase es: «Coals, refugiaros donde podáis. Nuestra situación es desesperada.»
—Ahora se comprende el mensaje. Diles que haremos lo que podamos para ayudarles. Los asesinos invasores no son invisibles para nuestros aparatos, nosotros si podemos verlos. Está claro que ellos desconocen los infrarrojos.
Estel les habló. Se daba cuenta de lo que captaban era su mente, pero expresándose de viva voz pensaba que habrían de entenderla mucho mejor, ya que se veía obligada a imaginar cada una de sus palabras, cada uno de sus conceptos; no obstante, no estaba segura de que comprendieran lo que significaban los infrarrojos si no habían descubierto aún su tecnología.

—Tomaremos un poco de grabación de estos seres y nos iremos.
—Será lo mejor —asintió Sánchez—. Después de todo no se fían de nosotros.
—¿Y tú te liarías si te hubieran masacrado? —preguntó Estel, recordando los restos humanos desperdigados, las ropas hechas jirones.
¿Cuántos lugares más habría como aquella especie de parlamento? ¿Cuántos de aquellos seres habrían muerto devorados por los invasores invisibles?
Sería muy difícil averiguarlo; lo malo era que de los feroces invasores invisibles, seres carnívoros sin duda alguna debería haberlos a millones.

CAPÍTULO V

—No parece que utilicen vehículos —opinó Linx Blanc.
Había detenido la lanzadera muy cerca de la tapa de alcantarillado por la que desapareciera aquel ser invisible que se les había acercado en su primera visita al desconocido planeta en la creencia de que no iba a ser descubierto.
—Sánchez, quédate aquí, pero mantén la lanzadera unos metros por encima del nivel del suelo.
—¿Temes que sea atacado?
—Siempre es una posibilidad, aunque, desde la cosmonave, Burt, Glot y Claudy vigilarán en torno tuyo.
—El peligro será para vosotros si os metéis en la alcantarilla, puede ser un nido de esos seres.
—Vamos con el androide por delante, él los detectará si aparecen.
—Suerte, pero si os sucede algo, palabra que me cargo la red del alcantarillado.
Los tres, incluyendo al androide, llevaban luz en sus yelmos y al descender a la alcantarilla, iluminaron ésta rápidamente.
—¿En qué dirección vamos? —preguntó Estel, mirando a derecha e izquierda.
—Creo que hay que dejarse llevar por la intuición.
—Podemos perdernos en la red del alcantarillado.
—Llevamos un microprogramador que nos guiará al regreso y tampoco se perderá el androide. Vamos por este túnel. Camina delante —ordenó al androide que comenzó a avanzar rozando el techo con una minúscula antenita que llevaba sobre su cabeza.
—Puede que huyera por aquí buscando llegar a otra salida.
—Buscaremos hasta encontrar algo que nos guíe.
Avanzaron rápido, no había obstáculos ante ellos.
El alcantarillado estaba húmedo pero sin aguas residuales, ya que los

lavabos y cocinas de los edificios no funcionaban.
—¿De verdad que no son inteligentes?
—Puede ser. El que no quieran vivir en los edificios no es óbice para que dejen de ser inteligentes, quizá estos edificios no encajan con su forma de ser. Pueden tener otro tipo de vida, una forma de agruparse y vivir desconocida para nosotros y unas necesidades también diferentes, claro está que si precisan devorar carne cruda y recién muerta, muerta por ellos mismos como hacen algunos felinos del planeta Tierra, tendrán que irse a otra parte, porque aquí no hay que comer.
El androide escogía los túneles según le indicaba el propio Linx Blanc hasta que llegó a un punto en que se detuvo.
—¿Qué ocurre, «Foll»? —le preguntó Linx Blanc.
—Detecto cambios de movimientos aerotérmicos.
—¿Ha estado alguien aquí?
—Sí —asintió el robot.
—¿Cuántos?
—Entre cuatro y seis.
—¿Sabes qué dirección han tomado?
—El túnel tres —dijo, contando los túneles siempre de izquierda a derecha.
—Vamos entonces.
Con las galerías del alcantarillado bien iluminadas, siguieron avanzando.
En aquellos momentos, el androide era como un perro que hubiera encontrado un rastro, sólo que el androide era un ser totalmente artificial, construido por los humano-terrícolas.
Los sensores eran de gran fiabilidad y cualquier alteración térmica era detectada claramente por aquella máquina autónoma de aspecto parecido al de los hombres nacidos en el planeta Tierra, sólo que resultaba más alto, más tuerte, más impresionante.
—Mira, allí hay una tapa abierta.
Se acercaron al lugar señalado por Estel. Miraron hacia lo alto, comprobando que la trampilla había sido forzada.
—Subamos.
Treparon por los peldaños de hierro y al llegar a lo alto, dejando atrás los barrotes retorcidos, descubrieron que se hallaban en un distribuidor de aguas residuales al que iban a parar varias tuberías.
Una escalera conducía a una puerta metálica que también estaba forzada.
—Parece como si hubieran utilizado grandes palancas o quizá explosivos —observó Estel.
—¿Qué opinas, «Foll»? —le preguntó Linx Blanc al androide.
El androide observó los cantos de la puerta y dijo:

—No hay señales de explosivos, tampoco de palancas metálicas.
—¿Cómo habrán podido forzarla? —preguntó Estel.
Linx Blanc opinó:
—Pueden haber utilizado sus extrañas manos.
—¿Tan fuertes son?
—Recuerda que cada uno de ellos tiene seis manos.
Se introdujeron por unos sótanos carentes de luz.
Llegaron a otras escaleras y de ellas pasaron a una sala vacía y de ésta, a un corredor hasta que, de pronto, se encontraron con el suelo lleno de restos de seres atacados, huesos, jirones de ropa.
—Aquí ha habido otra masacre —dijo Estel.
—Tengo la impresión de que este lugar es el mismo que visitamos la primera vez.
—¿Quieres decir que a través del alcantarillado nos hemos introducido en el edilicio que nosotros llamamos parlamento.
—Es muy posible.
—No tardaron en descubrir el hemiciclo y la sala principal.
Sí, estamos en el mismo lugar. Salgamos, Sánchez no debe estar lejos.
Salieron al exterior y Linx Blanc llamó:
—Sánchez, ¿me oyes?
—Perfectamente. ¿Dónde estáis?
—Muy cerca de ti, pero tienes que rodear el edificio. Estamos junto a la puerta donde ayer estacionamos la lanzadera.
—Ahora voy a recogeros.
—¡Atención, atención!
Reconocieron la voz de Burt, Linx abrió la micropantalla que llevaba en su muñeca y vio a su segundo de a bordo.
—¿Qué pasa, Burt?
—Acabamos de detectar la salida de los seres de brazos trifurcados.
—¿Como dices?
—¡Que por la calle avanzan los invasores invisibles!
—¡Diablos! ¿Y cuántos son?
—Es difícil de precisar, dos o trescientos.
—¿Dos o trescientos? Esq es un ejército.
—Poco más o menos. Dentro de poco, el cálculo automático te dará la cifra exacta.
—Ya no viene de dos docenas. ¿A qué velocidad avanzan? —A unos veinte kilómetros hora.
—¿Sin vehículos?
—Sí.
—¿Vienen corriendo?
—Me parece que es su forma de andar.
—Pues, andan muy aprisa.

Sánchez acababa de detener la lanzadera junto a ellos y abriendo la portezuela, les gritó:
—¿Habéis oído lo que dice Burt?
—Sí.
—Nos largamos ahora mismo, ¿no?
—No.
—¿Cómo dices? —repitió Sánchez, incrédulo.
—Que no nos vamos.
—¿Quieres que te dejen los huesos limpios hasta el tuétano?
Estel, encarándose con Linx Blanc, le preguntó:
—¿Vas a hacerles frente?
—Si son seres inteligentes, hay una probabilidad de dialogar.
—¿Y si no son inteligentes, si sólo son animales con mentalidad asociativa, como las hormigas o, a nivel de depredadores, como los lobos?
—Si no son inteligentes, no será tan grave disparar sobre ellos para hacerles retroceder. Ten el visor de infrarrojos listo.
—Atención, atención, los seres detectados por infrarrojos se aproximan —advirtió el androide encarándose en la dirección adecuada y alzando sus manos que constituían temibles armas.
—Pues recibámosles dentro de la lanzadera.
—Sube tú, yo me quedo aquí abajo con el androide
—Me quedo contigo.
—¡Sube! —ordenó Linx, tajante.
—Está bien —aceptó Estel a regañadientes. No llegó a internarse del todo en la nave, mantuvo su arma lista para ser disparada.
Miraba hacia la calle y no veía nada, pero sabía que avanzaban hacia ellos. Se escuchaba un rumor sordo, debía ser algún sonido que producían con sus bocas.
Linx Blanc se colocó un visor de infrarrojos delante de los ojos, sujeto con el casco. Les vio avanzar, lo hacían rápidamente y no llevaban vehículos ni ninguna clase de armas.
—Linx, ¿los ves bien?
—Sí, Burt, perfectamente.
—Ten cuidado, por las bocacalles llegan más. Parece que tratan de envolvernos.
—¡Alto! —gritó Linx Blanc hacia aquellos seres.
No se detuvieron, siguieron avanzando.
—¡Alto, estamos en señal de paz!
Sus rugidos guturales aumentaron. Podía tratarse de alguna forma de expresión inteligente pero lo dudaban. Era difícil, por no decir imposible, que los terrícolas los comprendieran.
—Linx, sube, se están acercando demasiado.
—¡Eh, Linx! —gritó Sánchez a su vez—, ¡Vienen por detrás, hay que

despegar en vertical y cuanto antes!
—«Foll», quiero a uno de esos seres vivo.
—Comprendido. Listos rayos paralizantes.
—Eso es. Hay que llevarse a uno como muestra.
Se nos van a llevar a nosotros como muestra para el aperitivo —masculló Sánchez.
La calle semejaba desierta en torno a ellos; sin embargo, el ambiente rugía y hedía, pues aquellos seres de brazos trifurcados despedían un olor especial, un olor que jamás habían olido antes, con una cierta picazón a fórmico.
—¡Alto! —pidió de nuevo Linx Blanc.
Varios de ellos, los que iban en avanzadilla, alzaron sus brazos trifurcados, formando entre todos una verdadera red de manos y brazos. Doblaron su velocidad, abalanzándose hacia ellos.
Estel no pudo más y al verlos tan cerca a través del visor de infrarrojos, disparó.
Tenían regulados los fusiles con el disparo mínimo. Los impactos les dejarían aturdidos por unas horas, algo heridos, pero no morirían.
Linx comprendió que no había manera de dialogar en aquellos momentos, atacaban con auténtica ferocidad. Estel había hecho caer a los primeros y Linx Blanc hizo caer a otros tantos. Sánchez dispuso las armas automáticas de la lanzadera.
—Linx, ¿los barro?
—No, si se puede evitar.
El androide avanzó hacia ellos y lanzó sus rayos paralizantes que brotaron por las puntas de sus dedos.
Los dos seres invisibles fueron alcanzados de lleno y se retorcieron. «Foll» siguió avanzando hasta coger a uno de ellos. Tenía suficiente fuerza para cargar con aquel cuerpo inerte, pero vivo, dejando al otro tendido en el suelo mientras Estel y Linx Blanc seguían disparando.
—Linx, Linx, son demasiados —le advirtió Burt nervioso desde la cosmonave que se hallaba en órbita pero desde la cual, y gracias a la telescopia electrónica, podían ver con mucha perfección.
—Cuando «Foll» cargue con el prisionero, nos largamos.
—¡Linx! —gritó Estel.
El hombre se revolvió y por el visor de infrarrojos comprobó que aquellos seres habían conseguido subir por encima de la lanzadera y uno de ellos sujetaba a Estel tratando de llevársela. Otros tendían ya sus múltiples manos hacia ella para colaborar con sus compañeros de ataque.
Linx se revolvió y disparó contra ellos haciéndoles caer desde lo alto. Estel consiguió agarrarse a un lado de la portezuela y así evitó caer.
—Vamos, «Foll», adentro con el prisionero.
El androide se metió en la lanzadera mientras Estel, jadeante,

temblando aún por el miedo pasado, continuó disparando hacia la popa de la lanzadera y a la parte alta.
—¡Adentro!
—¡Cuidado. Linx!
Estel disparó contra uno de aquellos seres enfurecidos que dejaba caer sus múltiples manos con aquellas horribles uñas que parecían temibles picos.
—¡Vamos, arriba! —gritó Sánchez.
La lanzadera comenzó a despegar en vertical mientras Linx Blanc saltaba a la portezuela que seguía abierta.
Dos de los invasores invisibles se habían agarrado a sus piernas y Linx trató de desprendérselos a patadas.
Estel pasó por el costado de Linx Blanc y disparó contra aquellos seres que, alcanzados, soltaron las piernas del cosmonauta. Linx Blanc, ya libre, cerró la portezuela mientras la lanzadera seguía ascendiendo en vertical, alejándose de la metrópoli.
—Linx, ¿me captas?
—Sí, Burt, te tengo en pantalla —le respondió, todavía jadeante.
—Llevas a ocho de esos seres encima de la lanzadera, pegados como lapas. Se han agarrado al fuselaje.
—Diablos, sí que son pegajosos.
—Vamos a desprendernos de ellos —advirtió Sánchez.
Dio velocidad a la lanzadera, ahora en dirección horizontal, sin variar el rumbo para salir de la atmósfera del planeta en línea tangencial.
—A la altura que nos hallamos y a la velocidad que llevamos, si siguen pegados afuera se habrán congelado —advirtió Estel.
—Preocupémonos de sujetar a nuestro prisionero.
A través del visor de infrarrojos, comprobaron que estaba bien paralizado por los rayos lanzados por el androide «Foll».
—Mételo en el cartucho de supervivencia.
—Es lo mejor, así nos aseguramos de que no escapa.
El cartucho tenía algo más de dos metros de largo por uno de ancho y estaba construido de supra-plasti-glass. Su transparencia era total.
Entre el androide y Linx Blanc empujaron al cautivo al interior del cartucho, cerrándolo herméticamente, ya que aquel cilindro transparente poseía una entrada de aire purificado.
La lanzadera saltó fuera de la atmósfera, yendo en busca de la Volta-244.
—¿Crees que estarán afuera todavía? —inquirió Sánchez
—No creo —contestó Estel—, Se habrán desprendido, ya muertos por el rozamiento, por el frío y la falta de aire que respirar.
Las estrellas les envolvían y parecía como si los problemas hubieran quedado atrás en aquel hermoso planeta azul del sistema estelar Dorada-98.

CAPÍTULO VI

—¿Habéis visto lo que lleváis pegado a la lanzadera?
Estel miró por el visor de infrarrojos y dijo:
—Yo no los veo, no están.
—Sí están —puntualizó Burt—. Lo que sucede es que se han muerto y congelado, no despiden ya calor y por tanto no pueden ser detectados por infrarrojos.
—Qué tonta soy, no había caído en ello. Claro, si están congelados no pueden ser detectados por infrarrojos, tienen la misma temperatura que el fuselaje de la lanzadera.
—Así es.
—¿Cómo los ves tú?
—Con el visor de rayos gamma.
—¿Me dejas ver?
—Sí, toma.
Estel tomó el pequeño visor de manos de Burt y pudo ver los cuerpos de los invasores, ahora más visibles aún que cuando se hallaban en el planeta y ya sólo esqueletos.
—Sí, están ahí. ¿Y qué haremos ahora con ellos?
—Habrá que arrancarlos del fuselaje al que han quedado pegados y arrojarlos al vacío sideral —dijo Burt.
—Eso será fácil, que Glot se ocupe luego de ellos —dijo Linx Blanc—, Que los meta en el tubo de expulsión de desperdicios y nos libraremos de esos cadáveres. El que importa ahora es el que tenemos vivo y prisionero.
Lo habían sacado del cartucho de supra-plasti-glass para encerrarlo en una especie de celda con puerta de cristal. Había apagado las luces y una telecámara con visor de infrarrojos le enfocaba de lleno.
Los humano-terrícolas no podían verlo con sus ojos, pero la telecámara de infrarrojos sí captaba su imagen que al mismo tiempo se proyectaba en una gran pantalla que incluso podía ver el propio prisionero.
—Está despertando —advirtió Estel.
Todos pasaban su mirada de la pantalla a la celda con puerta de cristal.
El extraño alienígena de brazos trifurcados se fue reincorporándose hasta ponerse en pie.
—Es bastante grande —opinó Claudy.
Estel añadió:
—Y muy feroz.
Aquel ser tan enigmático se los quedó mirando, al parecer con su equilibrio mental recuperado. Miró hacia la pantalla y se vio a sí mismo

con toda nitidez, en color y tres dimensiones.
Movió sus manos y observó que la imagen le devolvía los mismos movimientos. De súbito, lanzó un horrísono alarido que les sorprendió y sobrecogió a todos, haciéndoles estremecer.
—Caramba, como grita el tipejo ese —gruñó Glot molesto, tocándose los oídos.
—No es un tipejo —le rebatió Sánchez—, Es un tipazo, algo demasiado grande y peligroso para adjudicarle apodos que expresen pequeñez. No es precisamente un alfeñique.
—Yo no creo que sea inteligente —opinó Claudy.
Pues yo creo que es más inteligente de lo que su extraño cuerpo pueda darnos a entender.
—Si fuera inteligente, vestiría ropas —observó Estel.
—¿Por qué? Eso de ponernos ropas encima para cubrir nos es una necesidad que nos creamos nosotros los terrícolas porque nuestro cuerpo comenzó a dejar de ser resistente al ambiente en que nuestros ancestros vivían. Abandonaron los lugares donde nacieron y se acomodaron a otros más fríos o más calurosos y en vez de esperar a que nuestros cuerpos se adaptaran al frío, a los vientos, al calor, a la lluvia, nuestra mente, que había evolucionado más rápido que el resto del cuerpo, inventó las ropas, lo que ningún animal ha hecho. Los otros animales han evolucionado más lentamente y los que no lo han logrado, han desaparecido. ¿Quién nos dice que ese ser ha evolucionado con el cuerpo al mismo tiempo que con su mente?
—Una teoría un poco complicada —gruño Glot.
—Es inteligente, de lo contrario no habría movido sus manos para comprobar si es él mismo quien aparece en la pantalla. Miradlo, está más preocupado por observarse a sí mismo que por vernos a nosotros.
—Está bien, admitamos que es inteligente, pero la inteligencia que posee es primaria, inferior incluso a la que debía poseer nuestro ancestro el hombre de Cromagnon, quizás se parezca más al pitecántropos erectus —observó Estel.
—A mí me parece que no debemos fiarnos y que hemos de estar preparados. No sé por qué, pero me temo que es más inteligente de lo que nos parece a simple vista.
Burt, mirando a Estel, preguntó:
—¿No podrías establecer un contacto telepático con este tipo, lo mismo que hiciste con los que viven bajo el agua?
—No lo creo. Aquellos seres, son más parecidos a nosotros, de una evolución paralela. Este sujeto es diferente.
—De alguna forma hemos de ponernos en contacto con él —razonó Linx Blanc—. Hay que averiguar si realmente tiene una inteligencia avanzada o es, como vosotros habéis dicho, un primate semejante a

un pitecántropo erectus.
Sánchez propuso:
—¿Por qué no le ponemos unos grabados en la pantalla, a ver si los entiende?
—¿De qué tipo? —preguntó Claudy.
—No sé, por ejemplo podríamos escribir la palabra «paz», aunque me parece que a este tipo esa palabra le caerá mal. A él le iría mejor la palabra «devorador» o algo por el estilo.
—Veamos —aceptó Linx Blanc.
Tecleó en el teclado de mando que tenía a su alcance e hizo desaparecer de la pantalla gigante la imagen del propio alienígena, apareciendo la palabra «paz».
Todos trataron de observar la reacción de aquel sujeto y ésta fue de sorpresa. Aquel ser quedó perplejo. Miró la pantalla como no comprendiendo nada y después les observó a ellos. Golpeó la pared de cristal que le impedía escapar.
—Diría que su actitud no es animal —observó Linx Blanc.
Es cierto, a mí no me lo parece. Trataré de concentrar me ahora que parece que poseo cualidades telepáticas.
—Es difícil transmitir sensación de amistad y paz cuando al interlocutor lo tenemos encerrado —opinó Linx Blanc, pensativo.
—No se te ocurrirá soltarlo, ¿verdad? —se asustó Glot.
—Podríamos hacer la prueba.
—Recuerda que con nuestros ojos no lo veríamos, acabamos de ver lo que hacía cuando lo hemos quitado de la pantalla gracias a los pequeños visores de infrarrojos que poseemos y que, por cierto, no son demasiado buenos. La gran tragedia de los derrotados es que no veían a sus feroces atacantes.
Ya se ha dado cuenta de que nosotros sí le vemos.
—Atención, atención, capto algo en mi mente... —advirtió Estel.
Todos miraron a la muchacha para ver qué conseguía. El ambiente era tenso.
De la pantalla se había borrado la palabra «paz» y continuaba apareciendo la imagen del alienígena con mucha más claridad de lo que podían ver con los pequeños visores de infrarrojos portátiles.
—Noto un mensaje claramente, dice que tengamos cuidado con los invasores invisibles.
—Este mensaje no te lo ha podido enviar él —dijo rápidamente Claudy.
—No, creo que no.
—Has debido contactar con los que están bajo la bóveda submarina —observó Linx Blanc.
A Burt se le ocurrió preguntar:
Todos trataron de observar la reacción de aquel sujeto y ésta fue de

sorpresa. Aquel ser quedó perplejo. Miró la pantalla como no comprendiendo nada y después les observó a ellos. Golpeó la pared de cristal que le impedía escapar.
—Diría que su actitud no es animal —observó Linx Blanc.
—Es cierto, a mí no me lo parece. Trataré de concentrarme ahora que parece que poseo cualidades telepáticas.
—Es difícil transmitir sensación de amistad y paz cuando al interlocutor lo tenemos encerrado —opinó Linx Blanc, pensativo.
—No se te ocurrirá soltarlo, ¿verdad? —se asustó Glot.
—Podríamos hacer la prueba.
—Recuerda que con nuestros ojos no lo veríamos, acabamos de ver lo que hacía cuando lo hemos quitado de la pantalla gracias a los pequeños visores de infrarrojos que poseemos y que, por cierto, no son demasiado buenos. La gran tragedia de los derrotados es que no veían a sus feroces atacantes.
—Ya se ha dado cuenta de que nosotros sí le vemos.
—Atención, atención, capto algo en mi mente... advirtió Estel.
Todos miraron a la muchacha para ver qué conseguía. El ambiente era tenso.
De la pantalla se había borrado la palabra «paz» y continuaba apareciendo la imagen del alienígena con mucha más claridad de lo que podían ver con los pequeños visores de infrarrojos portátiles.
—Noto un mensaje claramente, dice que tengamos cuidado con los invasores invisibles.
—Este mensaje no te lo ha podido enviar él —dijo rápidamente Claudy.
—No, creo que no.
—Has debido contactar con los que están bajo la bóveda submarina —observó Linx Blanc.
A Burt se le ocurrió preguntar:
—¿Cómo podríamos saber si este ser pertenece a este planeta o es un invasor aquí? Eso facilitaría nuestras medidas a tomar.
Sánchez opinó:
—Yo creo que es un invasor.
Por su parte, Glot razonó:
—Si no conseguimos averiguar si es un invasor o no, podemos someterlo a votación. Si la mayoría de nosotros piensa que este ser es un invasor en este desconocido planeta, aunque realmente no lo sea, nos comportaremos como si lo fuera. Podríamos actuar en su contra porque ha atacado a toda una civilización evolucionada y establecida.
—Eso está muy bien para adormecer nuestras conciencias, pero siempre existe la posibilidad de duda. Mientras exista una posibilidad de que este ser sea originario de este planeta, no podemos atacarle

con nuestras armas supra-sofisticadas.
—¿Ni aún defendiendo a sus víctimas genocidadas, masacradas, ferozmente devoradas? —preguntó Claudy.
Antes de que nadie respondiera. Linx Blanc propuso:
—Si no votamos para determinar si es un alienígena en este planeta, lo que sí podemos hacer es determinar si es una bestia o un tipo inteligente, más claro, si es un humano o un irracional.
Estel aceptó:
—Lo que ha dicho Glot no me parece mal, es una proposición justa.
—Lo mantendremos en observación hasta que podamos saber más de él.
—¿Y dejar pasar el tiempo? —preguntó Sánchez.
Los que están bajo el mar no sufren ningún peligro y nosotros tampoco; por tanto, la urgencia no es válida Mientras, podremos prepararnos para nuevas exploraciones sin arriesgarnos demasiado. Sabemos que no poseen armas sofisticadas De todos modos, por poco que podamos, trataremos de ayudar a los que se han refugiado en el fondo del mar. Hemos de contar con su civilización, recabar datos de ellos para llevarlos a nuestro gobierno y que los políticos decidan si hay que enviar aquí una gran embajada o deberemos mantenernos al margen hasta que evolucionemos siglos de tecnología.
Burt propuso entonces:
—Podemos cambiar la órbita para ver si encontramos señales de esos seres en algún otro punto del planeta. Con infrarrojos podemos detectarlos.
Glot masculló:
—Si viven a unos metros bajo el suelo, no creo que los detectemos.
—Pero podemos intentarlo —sentencio Linx Blanc aceptando la propuesta de Burt de cambiar la órbita en torno al planeta.
Ahora ya sabían muchas cosas de aquel planeta, aunque no las suficientes para entrar en acción. Mientras tanto, bajo el fondo del mar, en una base super secreta, los restos de una civilización tecnológicamente evolucionada aguardaba el momento de revivir, temiendo, por otra parte, ser atacados de nuevo hasta su total extinción.

CAPÍTULO VII

Glot fue el encargado de despegar los cadáveres de los alienígenas que habían quedado adheridos al fuselaje de la lanzadera. No era utilizable el visor de infrarrojos, puesto que aquellos cuerpos no emitían calor.
Tampoco podía estar mirando durante todo el período de trabajo a

través de rayos gamma porque sus radiaciones resultaban nocivas y no le apetecía colocarse un traje especial antirradiaciones, ya que entonces el esfuerzo físico habría de ser mayor por la incomodidad del traje.
Glot optó por utilizar el tacto y un listón de plástico que pasaba suavemente por encima del fuselaje exterior del vehículo lanzadera que se hallaba en el hangar, cerca del tubo de lanzamiento.
Cuando notaba algo que no llegaba a ver con sus ojos, lo palpaba con las manos y así se aseguraba de que era un cuerpo, el cuerpo de uno de los feroces alienígenas que habían preferido hallar la muerte que desprenderse del vehículo al que se habían pegado como verdaderas lapas.
—Otro —suspiró Glot.
Al tacto fue encontrando las manos que terminaban en larguísimas uñas que si no llegaban a perforar la plancha de polialuminoestireno. sí que habían conseguido aferrarse a ella.
—Un dedo fuera, otro dedo... Maldita sea, hay que hacer palanca. Vaya dedos tienen esos tipejos, son pequeños garfios.
Cuando desprendía uno de aquellos cuerpos invisibles, lo arrastraba hasta colocarlo cerca del cartucho de expulsión de desperdicios. Después, iba en busca de otro, pero la temperatura en aquella estancia llevaba horas normalizada y los supuestos cadáveres de los alienígenas ya no estaban congelados. Habían pasado a tener la temperatura ambiental, como cualquier cuerpo que se abandonara allí sin vida propia.
Mientras, en los controles de sensores, Claudy observaba:
—Parece mentira.
—¿El qué? —le preguntó Burt.
—La humedad ambiental.
—¿Aumenta?
—No, disminuye.
—No lo entiendo, ¿Hay sequedad ambiental?
—Eso parece, se está consumiendo gran cantidad de agua del mantenedor ambiental de humedad, ha funcionado la bomba de absorción para reponerla.
—Si ha funcionado la bomba de absorción de agua, no es malo.
—Pero, es raro. ¿Adonde habrá ido a parar toda esa agua?
Burt se encogió de hombros.
—Tendrás que ver si existe alguna fuga, en las tuberías de agua o. simplemente si hay algo fuertemente higroscópico.
—¿Fuertemente, solo? Parece que se beba el agua a chorros.
Mientras aquella conversación se desarrollaba en la sala de mandos, Glot seguía despegando supuestos cadáveres que en el espacio recorrido se habían deshidratado en gran parte.

—Menos mal que no os veo la cara, me dais asco —gruñó Glot, sosteniendo entre sus manos a uno de aquellos seres y descargándolo luego en el montón que iba preparando para arrojarlo al espacio como inmundicia no recuperable.
No les interesaban aquellos cadáveres para nada, ya tenían a un alienígena vivo y Linx opinaba que si les hacía falta otro no tendrían demasiadas dificultades para capturarlo.
Escuchó unos ruidos tras de sí y se volvió ceñudo.
—Qué raro, no se ve nada anormal. ¿Serán crujidos de la cosmonave? Es muy extraño. Vamos a velocidad lentísima orbitando el planeta...
Se puso en contacto con su compañero en la sala de control.
—Burt, ¿me oyes?
—Sí, Glot, ¿qué pasa?
—¿Hay dilataciones y contracciones?
—No creo, no sufrimos calentones violentos ni refrigeraciones y los grandes motores propulsores hace muchas horas que están quietecitos. ¿Por qué lo preguntas.
—No sé, he oído algunos ruidos.
—Claudy dice que tenemos pérdida de agua y no conoce el motivo, quizás alguna tubería averiada y eso puede producir ruídos.
—Si, eso será. Ya revisaré luego el circuito de agua.
—Bien, contamos con eso.
—¡Aaaaaaaah!
El grito entró por el altavoz de la sala de control con una violencia tal que quedaron sorprendidos, lo mismo Burt que Claudy que se encontraban allí. Ambos se miraron durante unos instantes que semejaron eternos.
—Glot, Glot, ¿estás bien?
No hubo respuesta.
Burt pasó imagen de inmediato del hangar. Él y Claudy miraron hacia la pantalla y ambos pudieron ver, con infinito horror, cómo el cuerpo de Glot era despedazado por manos invisibles.
La sangre saltaba, la ropa se hacía jirones y la cabeza era arrancada del cuerpo.
—¡Que horror! —exclamó Claudy, incapaz de resistir más aquella escena.
Burt pulsó la alarma en toda la cosmonave.
—¿Qué pasa? —preguntó Linx Blanc de inmediato.
—¡Glot ha sido atacado en el hangar!
—¿Atacado?
—Sí, por los seres invisibles, no cabe ninguna duda. Están ahí. Hay que cerrar la puerta para que no pasen al resto de la cosmonave.
—¡Cierra la puerta automáticamente!

—No puedo.
—¿Por qué?
Glot ha dejado algunas herramientas en la puerta como no queriendo que se le cerrara a él.
—Voy para allá.
Linx Blanc tomó el fusil con visor de infrarrojos y corrió hacia el elevador.
El hangar estaba en el nivel cero. Desde lejos, Estel le vio correr y le preguntó:
—¿Qué pasa?
La chicharra, unida a la luz roja intermitente, seguía sonando en toda la cosmonave. Sánchez estaba ya alertado.
—¡Coge un arma, Estel! Hay alienígenas vivos dentro de la cosmonave.
—¿Sueltos?
—Sí.
—¿Dónde están?
—¡En el nivel cero!
Linx Blanc desapareció dentro del elevador que en este caso efectuó un descenso súper rápido hasta la planta cero.
Ya en el corredor, iluminado por las luces piloto y las intermitentes rojas de alarma, allí donde había infinidad de tuberías pegadas a las paredes, pues aquel lugar era como las tripas de la cosmonave, descubrió que la puerta del hangar estaba abierta.
Dudó un instante.
Tuvo la impresión de que no estaba solo en el corredor de que había algún ser vivo delante de él.
Alzó el fusil a la altura de sus ojos, miró a través del visor de infrarrojos y descubrió a dos alienígenas encarados con el, mostrando sus brazos trifurcados y con los durísimos garfios que tenían por dedos.
Rugieron tratando de atacarle, pero no llegaron muy cerca de Linx Blanc que les disparó el dardo incinerante aún a sabiendas de que era un lugar peligros para disparar el arma, pues si fallaba podía destruir un montón de circuitos.
Los dos cuerpos se inflamaron rápidamente.
Linx Blanc los vio retorcerse y caer y quedo tranquilo con respecto a ellos; no volverían a atacar a nadie.
Continuó avanzando hacia la puerta sin saber con cuantos invasores invisibles se iba a tropezar. Llegó ante la puerta y miró.
En el interior del hangar descubrió a dos más que seguían devorando el cuerpo de Glot, ferozmente atacado. Linx Blanc no dudó en disparar y dos más de aquellos invasores fueron destruidos por el fusil incinerador. También incineró los restos de Glot.

—¿Veis algo más? —gritó Linx Blanc, sabiendo que le podían oír desde la sala de control.
—Sólo vemos a los que has eliminado. Dejan de ser invisibles al carbonizarse, pero esta telecámara con que vigilamos el hangar no dispone de infrarrojos, así es que no podemos ver nada.
Despacio y atento, Linx Blanc siguió avanzando por el hangar. Sólo podía descubrirlos a través del visor de infrarrojos que llevaba incorporado el fusil incinerador y por tanto, el campo de observación era muy limitado.
De súbito, descubrió un brazo trifurcado que aparecía por detrás de la tobera de propulsión del vehículo lanzadera.
No dudó en dispararle y el dardo incinerante cortó el brazo trifurcado, lo que causó un gran dolor al alienígena que apareció retorciéndose.
Linx Blanc volvió a disparar sobre él, terminando de una forma drástica con sus dolores.
Rodeó el vehículo, pero ya no encontró a ninguno más.
—Burt. ¿me oyes?
—Sí.
—Eran ocho, ¿no?,
—¿Te refieres a los muertos pegados al fuselaje de la lanzadera?
—Sí.
—Eso creo, pero están muertos.
—Pues, han revivido o mejor diría que no han muerto. Deben poseer unos cuerpos con una resistencia excepcional. Son capaces de congelarse, quedarse sin aire y perder una parte de agua de sus cuerpos y volver a revivir. Empezamos a saber lo peligrosos que son.
—¿A cuántos has eliminado?
—A cinco.
—Faltan tres. ¿No estarán aún pegados al fuselaje?
—Con el visor de infrarrojos, no los veo. Hay que traer aquí el visor de rayos gamma.
—Ya los llevaré yo —se ofreció Claudy.
—Que nadie vaya sin un visor de infrarrojos —advirtió Linx Blanc tajante—. Pueden atacar en cualquier momento. Que Sánchez monte guardia frente al prisionero, es posible que sus hermanos de especie traten de liberarlo.
—De acuerdo, paso orden a Sánchez.
Estel, armada, había llegado también a la puerta del hangar y se encontró frente a frente con Linx Blanc.
—¿Hay más?
—Creemos que sí.
—¿Los restos de Glot?
Desgraciadamente, sí. No podíamos suponer que lo que creíamos unos cadáveres recobraran la vida.

—¿Desecados y congelados como chinches y luego vuelven a revivir?
—Sí, no creí que esto sucediera en unos seres superiores.
—Tres libres y uno prisionero por el interior de la cosmonave son demasiados, Linx.
—Sí, demasiados, pero aún no nos han devorado.
—Corremos el mismo riesgo de ser aniquilados que la civilización que había en este planeta.
—Sus posibilidades físicas les dan muchas ventajas, pero no nos aniquilarán, ahora ya es una guerra de defensa, de modo que hay que aniquilarlos allá donde los encontremos.
—Ven conmigo.
—¿Adonde vamos?
—Ven y lo verás.

CAPÍTULO VIII

Sánchez había llegado a la sala donde el alienígena permanecía encerrado tras el cristal.
Miró en derredor a través de los infrarrojos y no descubrió nada anormal. Había que permanecer atentos, la ferocidad conque atacaban aquellos seres invisibles al ojo humano ya la conocía Sánchez.
Estaba mirando al alienígena a través del visor de infrarrojos cuando notó un ruido a su espalda. Se revolvió, disparando.
Linx Blanc empujó a Estel y ambos lograron apartarse a tiempo para no recibir el impacto del dardo flamígero que dio en una jamba, fundiendo parte de ella.
—Ten cuidado, Sánchez.
—Disculpad, estoy nervioso.
—A la próxima vas a tener que pedir disculpas sobre nuestros cadáveres —le advirtió Linx.
—Después de lo ocurrido a Glot y lo que vi abajo, en fin...
—¿Qué vas a hacer, Linx?
—Lo mejor sería aniquilar al prisionero.
—Eso es, así habrá uno menos —aplaudió Sánchez.
—Pero, me lo acabo de pensar y creo que es posible utilizarlo como cebo.
Estel preguntó:
—¿Crees que vendrán aquí?
—Si tienen alguna posibilidad de comunicarse mentalmente, vendrán a rescatarle.
—Eso indicaría inteligencia —advirtió Sánchez.
—Greo que es inteligencia y no simple astucia lo que tiene.
El prisionero lanzó un largo aullido que podía interpretarse como una

llamada. Era como si hubiera intuido por el olfato, el oído o quizás por algún sentido desconocido para los humano-terrícolas, la proximidad de un congénere.
—Lo que es cierto es que no se hallan aquí.
—Cerraremos esta puerta.
—Un momento, Linx —le pidió Estel.
—¿Sí?
—¿Recuerdas las puertas del palacio parlamentario de la metrópoli? Estaban retorcidas. Tienen una enorme fuerza si la pueden aplicar.
—Pues, hemos de ir con cuidado —asintió Sánchez.
—Hemos de encontrarlos cuanto antes. Al no conocer la cosmonave, podrían abrir súbitamente una escotilla que dé al exterior y tendríamos problemas de descompresión.
—Yo puedo quedarme aquí dentro vigilando —se ofreció Sánchez—, Cerrad la puerta y los esperaré. Cuando se metan dentro, los eliminaré y acabará el problema.
—Me parece bien. Estel, vámonos tú y yo. Ten cuidado, Sánchez, ya sabes que atacan con mucha ferocidad y son muy resistentes.
No voy a olvidarme. Glot ha muerto y no quiero acabar entre sus mandíbulas como él.
Estel y Linx se marcharon. Mientras recorrían los pasillos, vigilaban a través de los visores infrarrojos sin descubrir nada.
Llegaron a la sala de control y allí, armados y dispuestos para rechazar cualquier ataque, estaban Burt y Claudy.
Os hemos estado siguiendo por los corredores —les dijo Burt.
Linx cerró la puerta, aislándose en la sala de control.
—¿No habéis notado nada? —preguntó.
Claudy respondió:
—No, salvo la tragedia de Glot.
—Nada hemos podido hacer —se lamentó Estel—. ¿Quién podía suponer que unos seres con morfología y constitución animal resistieran el vacío completo, el frío total, el rozamiento, la deshidratación incluidas las radiaciones cósmicas?
—¿Hay tres, entonces? —insistió Claudy.
—Sí, y creo que harán ruido en alguna parte —opinó Linx—. Abre la recepción de audio de todos los canales que hay dentro de la cosmonave. Si producen algún ruido, un golpe, un grito, los localizaremos.
—¿Y si no los descubrimos? —preguntó Claudy.
—Los descubriremos. Andan por la cosmonave buscando a su compañero o a nosotros —dijo Linx.
—Ellos han absorbido el agua del aire, ¿verdad? —preguntó Claudy.
—Eso parece —asintió Linx—. Y ahora voy a cerrar todas las puertas automáticamente, estableciendo compartimientos estancos. Quedarán

atrapados en algún corredor o sala donde intentarán abrir una puerta como sea y los descubriremos.
Sólo faltaba aguardar. Permanecían atentos a los ruidos que podían llegarles a través de los receptores y, al mismo tiempo, por las pantallas miraban a todas las dependencias de la cosmonave, una por una.
Las telecámaras automáticas no iban equipadas con infrarrojos y, por lo tanto, no podrían ver a los alienígenas, pero si les descubrían, actuarían. Todos estaban tensos.
En una pantalla vieron a Sánchez que apuntaba hacia la puerta con su arma, como esperando que alguien entrara por ella y abatirlo.
—¡Mirad, mirad! —casi gritó Estel, señalando una de las pequeñas pantallas.
—Pasemos la imagen a la central —dijo Linx Blanc.
En la pantalla grande apareció el corredor. La puerta estaba siendo forzada, se notaba y se oyeron hasta los ruidos, aunque no se trataba de golpes.
—¡Sánchez! .
—Sí, Linx.
—¡Están tratando de pasar adonde tú estás!
—Lo sé. Lo noto.
—Estate preparado, yo iré por el corredor.
—De acuerdo, así los cogeremos entre dos fuegos.
Magnífico. Te espero, esta vez los dejaremos fritos.
Al aparecer en el corredor del nivel cuatro donde se hallaba el prisionero, a través del visor de infrarrojos, pudo ver a los tres alienígenas que con una fuerza superior y desproporcionada a su cuerpo físico forzaban la puerta. Y de seguir adelante, sin duda conseguirían abrirla totalmente.
No dudó en disparar contra los asesinos de Glot.
Los rayos incinerantes quemaron a los tres invasores invisibles. Los vio retorcerse, caer y quedar convertidos en cenizas. Suspiró de alivio, habían acabado ya con aquellos peligrosísimos seres que se habían introducido en la cosmonave de forma tan sorpresiva como era pegándose al fuselaje de la lanzadera por su parte exterior.
Se acercó a ellos, despacio. Pasó por encima de sus restos y le bastó dar una patada a la puerta medio abierta para que se abriera por completo; mas, al otro lado le aguardaba una desagradable sorpresa.
El cadáver de Sánchez estaba en el suelo y junto a él descubrió a su asesino, al alienígena que había conseguido abrir la puerta de su celda.
—Maldito seas —masculló.
Disparó sobre él. Lo oyó rugir y le vio saltar envuelto en fuego. Aquél había sido el fin de los alienígenas dentro de la cosmonave terrícola.

La alarma había cesado y todo volvía a la normalidad, pero la tripulación de la cosmonave se había reducido, ya no eran seis sino cuatro.
Hemos fallado —admitió Linx Blanc, recostándose en su butaca anatómica con aire pensativo.
—A un alienígena lo hubiéramos podido controlar —le observó Burt.
—Nadie es culpable de las propiedades de resistencia a los ataques externos que poseen esos alienígenas —le dijo Estel.
—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Claudy.
Linx, con la butaca inclinada hacia atrás pero mirando hacia su propia conciencia, le dijo:
—Hemos de seguir con nuestro objetivo.
Claudy, algo nerviosa, inquirió;
—¿Y cuál es nuestro objetivo exactamente?
—Averiguar quienes son los miembros de la civilización evolucionada cuyos supervivientes se refugian bajo el mar.
—Estel puede averiguarlo por telepatía incluso desde aquí; la telepatía no tiene distancias.
—No es sólo eso, Claudy —le objetó Estel—. ¿Me equivoco, Linx?
—No, no te equivocas. Los seres evolucionados de este planeta han tenido la mala suerte de que les atacara esta plaga de seres feroces y creo que inteligentes, pero sin piedad hacia las otras especies. Para ellos, los atacados de este planeta y nosotros mismos no somos más que presas;
—¿Crees que podríamos atacarles de una forma masiva? —preguntó Burt.
—Es posible.
—Sólo somos cuatro —le puntualizó.
—Y bien armados. Aunque ellos posean esta increíble resistencia a los elementos, son débiles al ataque por fuego.
—No podemos barrerlos si no conocemos su escondite —advirtió Claudy— y buscarlos abajo es un suicidio después de lo ocurrido.
—Pese a disponer de los visores infrarrojos, es cierto que esos seres son particularmente difíciles para ser encontrados. Habríamos de conseguir la colaboración de los supervivientes.
—No tenemos visores infrarrojos para todos —advirtió Burt—. Apenas tenemos los portátiles para nosotros.
—Si consiguiéramos pintura...
—¿Pintura? —repitieron en tono de pregunta, lo mismo Burt que Claudy y Estel ante la exposición de Linx Blanc.
—Sí, pintura que podríamos lanzar pulverizada, mezclándola con una fuerte dosis de gas.
—¿Qué piensas pintar? —le preguntó Estel.
—A los alienígenas.

—No te entiendo.
—Es fácil. Los invasores invisibles no se ven con los ojos, pero si los pulverizamos con pintura que sí vemos, esa pintura se pegará a sus cuerpos y entonces les veremos como si fueran vestidos con una indumentaria visible de la que no sería fácil que pudieran desprenderse.
—Haría falta mucha pintura —opinó Burt.
—Abajo, en la metrópoli, ha de haberla en cantidad —replicó Linx—. Sólo hay que buscarla.
—Y por supuesto, habría que encontrar a los alienígenas —opinó Claudy.
—Los buscaremos —replicó Linx Blanc, decidido.
—No es fácil pero los encontraremos —corroboró Estel.
—Si, los encontraremos —asintió también Burt—, Deberíamos dejar esta órbita y acercarnos al planeta cuanto podamos para que nuestros sensores capten al máximo.
—Si acercamos la cosmonave a dos o trescientos kilómetros del planeta, ¿qué posibilidad tenemos de descubrirlos a través de infrarrojos?
La pregunta de Linx fue contestada por Claudy.
—En esa aproximación, los sensores captarían una temperatura de cuarenta grados a unos treinta o treinta y cinco metros bajo el suelo siempre que no sea granito macizo o cuarzo lo que cubra la superficie a examinar.
—Es una buena posibilidad. A esa distancia, podréis captar las alcantarillas. Mientras, Estel, el androide y yo, podríamos volar con la lanzadera a baja altura, a rasante si es preciso, buscándolos también. Estoy seguro de que se esconden por la ciudad o en sus alrededores, aunque con lo feroces que son, no sé qué estarán comiendo. No debe quedar ningún animal vivo en un gran radio de acción.
—¿Y la pintura? —preguntó Claudy.
—Llevaremos unos tanques para llenarlos mediante una bomba de absorción. Inyectaremos disolvente y aire a presión máxima. Luego, podemos introducir esa pintura gasificada por las alcantarillas en las que se haya detectado la presencia de alienígenas. No les va a gustar respirar la pintura, saldrán afuera a respirar aire puro y al mismo tiempo, saldrán más o menos pintados.
Burt, más drástico, opinó:
—Podríamos arrojarles un bombazo de alto poder.
—Y destruiríamos la metrópoli que tanto habrá costado de levantar, les haríamos un flaco favor a los supervivientes. Si en algunos puntos de lucha se destruyen edificios o lo que sea, no se va a poder evitar, pero lanzar una bomba de alto poder atómico para aniquilarlos a todos sería como arrasar al planeta de toda clase de vida. No podemos

hacerlo, salvo que sirviera para evitar una hecatombe. No sería una buena ayuda a los supervivientes devolverles sus metrópolis calcinadas.
—Aunque consigamos descubrir y aniquilar a muchos, siempre quedarán vivos —advirtió Claudy— y esos pueden hacer mucho daño.
——Enseñaremos a los supervivientes de esta civilización a defenderse. Les mostraremos el secreto de la fabricación de visores de infrarrojos y al mismo tiempo les sugeriremos el método de la pintura. Allá donde crean que existen invasores invisibles, deberán pulverizar con pintura y los descubrirán al pegarse la pintura visible a sus cuerpos invisibles.
—¿Crees que funcionará? —le preguntó Estel.
—No lo sabremos hasta que lo probemos.

CAPÍTULO IX

La gran cosmonave Volta-244 había puesto en marcha sus motores para acercarse más al planeta azul del sistema estelar Dorada-98.
—Tendremos que contrarrestar con fuerza de motores para no desplazarnos —advirtió Burt.
—Bien, tú encárgate de que la «sesera» te dé los valores adecuados —le dijo Linx.
—¿Lo dejo en manos de ella?
—Sí, prográmala para lo que exigimos y deja la cosmonave en sus manos. Puedes colaborar con Claudy para descubrir a los invasores, pon todas las cámaras de telescopía exterior a trabajar.
—Habrá que colocar los filtros de infrarrojos.
—Puedes hacerlo tú mismo. ¿Crees que tendrás problemas saliendo solo al exterior?
—Problemas, no, pero será una tarea laboriosa ajustar los filtros de infrarrojos a casi cien telecámaras.
—Haz lo que puedas, Burt, pero cuantas más de esas telecámaras trabajen, más datos obtendremos y la «sesera» irá computando datos. Unos ojos humanos no pueden abarcar tantos datos proporcionados por sensores y ese trabajo de clarificación puede hacerlo la «sesera» perfectamente. Si detecta algo positivo, que lo pase a las pantallas de observación directa para que tú y Claudy podáis tomar decisiones.
—Va a ser una tarea laboriosa, pero si hemos comenzado una guerra, la terminaremos.
Descubrir y atacar a los invasores invisibles ya era una cuestión de honor para los humano-terrícolas.
Linx Blanc y Estel, a bordo de la lanzadera, abandonaron la Volta-244 y se introdujeron en la atmósfera del planeta acercándose a la metrópoli.

Descendieron hasta los bulevares y circularon por ellos, elevados del suelo lo suficiente para que no se les echaran encima los invasores invisibles.
—¿Como podemos encontrar la pintura que buscamos si no entendemos los rótulos en absoluto? —preguntó Estel.
Estuvieron dando vueltas. Vieron edificios y más edificios, también descubrieron algunas factorías, pero no resultaba nada fácil hallar lo que buscaban, por lo que Linx Blanc decidió:
—Iremos a buscarles.
—¿A quién, a los invasores invisibles?
—No, a sus víctimas.
—No conseguiremos nada. Ya sabes que están encerrados bajo la bóveda, en el fondo del mar.
—Habrá que sacarlos de ahí como sea.
—No querrán salir.
—Los obligaremos.
—¿Cómo?
Linx Blanc apretó los labios, estaba decidido a obligarlos a luchar.
Comprendía su terror ante los invasores invisibles que habían masacrado una civilización casi por completo, pero debía obligarles a luchar o no recuperarían la civilización casi perdida.
Con el vehículo lanzadera, salieron de la metrópoli y fueron en busca del mar de aquel planeta del que no sabían ni el nombre que sus aborígenes le habían dado.
Tenían las coordenadas de su objetivo dentro de la memoria de la computadora del vehículo lanzadera que se desplazaba a un centenar de metros de altura y a gran velocidad, velocidad que redujo al divisar el islote de roca viva, alto y esbelto como un monolito artificial.
—¿,Vamos a descender al fondo?
—Sí.
—¿Crees que podremos conectar con ellos como la otra vez?
—Eso espero. Prepara tus dotes telepáticas, deberás transmitirles un mensaje.
—¿Y si no lo consigo? La telepatía no es algo que se pueda dominar a voluntad.
—Es posible que tú y yo, no, pero quizás ellos sí tengan ese poder más controlado. Todas las civilizaciones inteligentes evolucionan, pero unas más en una dirección que en otra. Nosotros los terrícolas dejamos a un lado los poderes de la mente y avanzamos más por el camino de la tecnología. Tenemos buenos visores de infrarrojos, pero no dominamos la telepatía y otros poderes como sería de desear.
La lanzadera se sumergió en las aguas.
Descendió hacia el fondo y avanzó hasta encontrar la gran bóveda de cristal que protegía a los supervivientes de la civilización masacrada.

Buscaron el lugar donde el androide «Foll» había raspado para poder ver el interior y encendiendo luces piloto para no cegar a quien se acercara a aquella especie de ventana, estabilizaron el vehículo en aquel punto concreto donde dos corrientes submarinas calientes se entrecruzaban.
—Llámalos.
—¿Cómo?
—No sé, llámalos con tu voz amigable. Conectaremos el micrófono submarino pegado a la bóveda.
Accionaron un dispositivo y un brazo articulado, moviéndose como una serpiente marina, fue hasta la bóveda y pegó el micrófono al cristal como si fuera una ventosa.
—¿Está abierto?
—Sí, ya puedes hablarles, tienen que oírte.
—Atención, atención, somos los terrícolas que deseamos ayudaros, somos los mismos que vinimos hace poco. Acercaos, queremos comunicarnos con vosotros.
Estel no hubo de repetir el mensaje muchas veces antes de que se encendieran luces dentro de la bóveda y aparecieran cuatro figuras que se transformaron en otros tantos rostros que llegaron hasta el grueso cristal.
No era fácil verles con nitidez; el agua, la poca luz y el grosor del propio cristal distorsionaban la imagen,
—¿Qué les digo ahora?
Explícales que hemos luchado contra los invasores invisibles y que se les puede vencer.
Estel repitió el mensaje y aguardó la respuesta telepática que transmitió de viva voz a Linx Blanc que no conectaba telepáticamente con ellos, carecía del poder que sí controlaba Estel.
—Opinan que debemos ser muy superiores para poderles combatir, siendo ellos invisibles.
—Diles que todos podemos vencer si nos lo proponemos.
Estel transmitió el mensaje de Linx Blanc y luego aguardó la respuesta.
—Dicen que ellos no, que han estado a punto de desaparecer totalmente.
—Insísteles que van a luchar en contra de los invasores invisibles.
Linx Blanc aguardó la respuesta que llegó a través de los labios de Estel que seguía comunicándose con ellos telepáticamente.
—Insisten en que ellos no pueden luchar.
—Pregúntales qué clase de armas poseen.
La respuesta captada por Estel fue:
—Dicen que tienen armas de fuego, armas que disparan balas de metal blando.

—Imagino que será plomo o estaño. Valen, si luego queman a los caídos. Incinerarlos es la única manera de acabar con ellos.
—¿Qué les digo ahora?
—Que sus armas valen y que se preparen para salir de su escondite bajo el mar para regresar a su metrópoli y enfrentarse a los invasores invisibles.
Estel no tardó en traducir.
—Dicen que no se van a exponer a que los maten a todos.
—Diles que ellos, utilizando sus armas, con nuestra ayuda y con un secreto que vamos a proporcionarles, vencerán.
—Dicen que no.
—Son un poco tercos —gruñó Linx Blanc.
—Tienen pánico.
—Pues ya es hora de que venzan su pánico y salgan a luchar.
—No quieren.
—Van a querer a la fuerza.
—¿Cómo vas a obligarles? —preguntó Estel, mirándole interrogante.
—Diles que yo tengo el sistema para que luchen. Que les vamos a ayudar, pero que ellos deben participar en la lucha porque recuperarán sus ciudades y vencerán a esos seres invisibles de gran ferocidad.
—Está bien, les repetiré todo esto
Después de transmitirlo, Estel aguardó y tradujo la respuesta captada.
—No quieren, es inútil, no los vas a sacar de ahí dentro.
—Diles que tienen una hora de tiempo para abandonar su refugio, que si no lo hacen yo los destruiré.
—¿Te atreverías a hacerlo? —preguntó la muchacha, muy sorprendida.
—Sí.
—Está bien, se lo diré.
Linx Blanc aguardó la respuesta que al fin llegó.
—Dicen que no puedes destruir su refugio.
—Conque no, ¿eh? Voy a hacerles una demostración.
—¿Qué vas a hacer?
—Ahora verás. Echaremos el vehículo lanzadera un poco hacia atrás y apuntaremos con el dardo láser en su diámetro de pulgada. Se van a llevar un buen susto.
—Si atacas la bóveda y estalla, todo se hundirá y ellos perecerán.
—Por el grosor del cristal, no creo que estalle. Haremos un agujero y tendrán un molesto surtidor de agua que les va a asustar bastante.
—Eso es peligroso, me refiero para ellos.
—Han de salir a dar la cara, no vamos a luchar nosotros solos para que ellos recuperen lo perdido.
Linx Blanc oprimió el botón y apareció el dardo láser que impactó en

un punto de la gran bóveda de cristal.
Esta se fue fundiendo en el lugar donde incidía el dardo y un agujero quedó abierto. De inmediato, saltó un chorro de agua a gran presión hacia el interior de la bóveda.
—Ahora ya puedes decirles que voy a convertir su cáscara en un colador si no salen al exterior. Que cojan sus armas y sus útiles más preciados y se dirijan hacia la salida. Ah, que antes nos digan dónde está la salida, que supongo será super-secreta para que no hayan llegado a descubriría los feroces invisibles.
Los supervivientes de la desconocida civilización se precipitaron a taponar aquel orificio. No lo consiguieron y lo más grave es que se produjo una grieta en la bóveda, una grieta que crujió, haciendo estremecer a los supervivientes.
La bóveda podía abrirse y el mar se los tragaría a todos. No obstante, la grieta se mantenía prieta. En realidad, era una raja en zigzag de la que goteaba agua desde, un principio y no se sabía cuándo podía producirse la gran catástrofe.
—¡Salgan todos, salgan de ahí dentro o perecerán! —gritó Estel, asustada.
—Espero que tengan compuertas de compartimientos estancos.
—Linx, me temo que te has pasado, puedes matarlos a todos.
—Si no salen de ahí dentro, también pueden considerarse acabados.
—Ya no podemos hacer nada aquí, ahora hay que esperar a que salgan por alguna parte.
Linx Blanc maniobró con el vehículo lanzadera. Abandonó las profundidades marinas, salió al aire y se elevó un par de cientos de metros para mejor poder controlar el área, pues la salida no podía estar lejos en aquel lugar de la costa.
—Burt. ¿me oyes?
—Sí.
—¿Habéis descubierto algo?
—Estamos comprobando una línea térmica del subsuelo, podría ser un canal de agua caliente de tipo natural.
—Dirige algunos sensores adonde yo estoy.
—¿Qué buscas?
—Seres humanos semejantes a nosotros. Les hemos obligado a salir del fondo del mar y han de aparecer de un momento a otro.
—De acuerdo, voy a dirigir siete telecámaras. Cuando encuentre algo, te avisaré.
—Mientras, yo daré pasadas buscándolos con la vista.
El vehículo lanzadera recorría la costa buscando a los supervivientes que, obviamente, tenían que abandonar su refugio submarino si no querían perecer dentro de él, ya que debía estarse llenando de agua.
—¿Y si no tiene salida?

—¿Cómo que no tiene salida? —gruñó Linx Blanc—. Si han entrado, tienen que salir.
—Puede que no hayan entrado por un túnel.
—¿Cómo, entonces?
Burt hizo llegar su voz en aquel momento.
—Linx, los he localizado.
—¿Dónde?
—A unos cuarenta mil kilómetros de la costa.
—¿Hacia el interior del mar?
—Sí.
—Eso si que es una sorpresa. ¿Y en qué van, en botes?
—No, dentro de una especie de esferas.
—Habrán abandonado su refugio dentro de esas bolsas de las que habla Burt.
Linx Blanc maniobró y no tardó en descubrir las esferas que flotaban sobre la superficie del mar, desplazándose hacia la costa, y se podían contar casi en número de cien.
—Es curioso el sistema de embarcaciones que se han inventado estos seres. Esos vehículos, no se parecen en nada a los construidos en nuestro planeta.
—Unas esferas que les permitirán descender al fondo si son herméticas y calculadas en peso.
—Nos van a maldecir por haber destruido su refugio de seguridad.
—Es posible, pero había que sacarlos de ahí. Voy a colocar la lanzadera por encima de ellos y tú te comunicas telepáticamente, a ver si logras tranquilizarlos.
Estel se concentró y comenzó como a regurgitar frases, frases que ya no se las decía Linx Blanc, el cual pilotaba la lanzadera por encima de aquellas esferas que, como una extraña flota naval, avanzaban hacia la costa.
Al fin, las esferas llegaron a la costa, a una pequeña playa.
Allí quedaron quietas, quienes viajaban en su interior no parecían tener prisa por salir.
Linx Blanc hizo descender la lanzadera hasta posarse sobre la arena.
—¿Qué han decidido? —le preguntó a Estel.
—Lo ignoro.
Pídeles que salgan de ahí y que emprendan una marcha sobre la ciudad. Nosotros volaremos por encima de sus cabezas. Diles que deben pasar por algún almacén de pintura y si tienen pintura en pulverizador, mucho mejor. Explícales que lanzando la pintura sobre los seres invisibles, los harán visibles y con sus armas podrán atacarles.
Estel se concentró y explicó a aquellos seres aterrados lo que se les proponía. Hubo un paréntesis de espera, pero al fin se abrieron las

compuertas de aquellas esferas en parte metálicas y en parte de cristal y comenzaron a salir seres de su interior, a un promedio de cuatro o cinco por esfera.
—Fíjate, Linx, son iguales a nosotros.
—Mejor, así no nos habrán de temer.
Se fueron agrupando. Estel propuso a Linx:
—Yo me acercaría a ellos.
—Hazlo.
La joven avanzó hacia el numeroso grupo que aguardaba. Se detuvo a unos pocos pasos de ellos, les sonrió y alzó la mano con la palma abierta hacia adelante.
Todos levantaron sus manos de la misma forma y Linx Blanc suspiró de alivio; habían comprendido.

CAPÍTULO X

El vehículo pilotado por Linx Blanc avanzaba por el camino escogido por los supervivientes de la masacre, encabezando la marcha.
Habían escogido el camino de una factoría industrial en la que se había fabricado pintura.
No tardaron en hallar grandes botes de pintura que Linx Blanc metió en un tanque que ya llevaba preparado. Lo llenaron hasta sus tres cuartas partes de disolvente y lo agitaron con maderas para mezclarlo por completo.
Cerraron herméticamente y comenzó la inyección de aire a presión hasta que consideró que ésta era suficientemente alta como para pulverizar en forma masiva, como si se tratara de desinfectar una vasta extensión de campos de cultivo.
Aquellas gentes, además de sus armas, se proveyeron de unos botes que podían compararse a los sprays ordinarios terrícolas y de nuevo todos reanudaron la marcha, ahora ya con algunos vehículos que se parecían a los primitivos automóviles terrícolas del siglo XX, aunque éstos, en vez de ruedas, se desplazaban sobre esferas.
—Linx, Linx...
—Te oigo, Burt.
—Os han descubierto.
—¿Los invasores invisibles?
—Sí, han surgido como de la tierra y habrá unos tres o cuatrocientos a juzgar por la mancha que se capta en los infrarrojos.
—¿Van al encuentro de nuestra expedición?
—Sí.
—Bien, les haremos frente.
Esto es el principio, Linx. Si son atacados y tu sistema no da resultados, provocarás la desbandada entre los que te siguen. Y si

eso sucede considéralos muertos. Son mucho más débiles físicamente que los tipos de los brazos trifurcados.
—Esperemos no fallar.
—¡Ya los veo! Indicó Estel, utilizando el visor de infrarrojos.
—Hemos de disponernos para pulverizarlos con la pintura. Si les digo que están delante nuestro, a menos de un kilómetro, se van a asustar —advirtió Estel.
—Debes decirles que los tenemos a la vista. Oue no se dispersen, sería peor. Que tengan sus armas listas y que disparen en cuanto los vean, nosotros les ayudaremos.
—De acuerdo. Ya veremos cómo reaccionan.
Estel se concentró y comunicó lo que sucedía. Esperó la reacción de aquellos seres que aún siendo muy parecidos a los humano-terrícolas pensaban y vestían de distinta forma, y por supuesto tenían normas de conducta también diferentes.
—Esto es una batalla en toda regla —gruñó Linx Blanc controlando al máximo la lanzadera que iba en punta suficientemente separada del suelo para que no pudieran saltar sobre ella aquellos extraños y feroces seres, pegándose a su fuselaje.
—¿Cuándo atacaremos?
—Cuando los supervivientes a quienes ayudamos puedan ver a los invasores invisibles con sus propios ojos.
—Esperemos que el pulverizado de pintura no falle.
Bastaba mirar hacia la pantalla por la que controlaban a los supervivientes para darse cuenta de que el nerviosismo había cundido en ellos; no veían a los invasores invisibles pero les temían.
Linx Blanc sabía que desde su vehículo lanzadera y utilizando las armas que poseía, podía atacar y aniquilar a aquellos feroces seres con los que no había logrado comunicarse, pero había más, muchos más, aquellos sólo eran una avanzadilla.
La misión que se había propuesto llevar adelante era la de enseñar a los supervivientes de la civilización masacrada a luchar contra los invasores invisibles, a defenderse de ellos.
Si no aprendían a defenderse, no lograrían supervivir y todo el planeta quedaría en manos de los feroces invasores que nadie sabía de dónde habían surgido.
—Se están acercando demasiado —advirtió Estel—. Ellos no los ven, pero ya oyen sus escalofriantes rugidos.
—Vamos a por ellos.
Aumentó la velocidad del vehículo, alejándose por la cabeza de la marcha de sus protegidos en dirección a los monstruosos seres atacantes que ansiaban devorar, exterminar y adueñarse de todo.
Linx Blanc puso el dedo sobre el botón disparador de la pintura pulverizada, lo hundió hasta el fondo.

De inmediato brotó una nube que se extendió por encima de las cabezas de aquellos seres medio asfixiándoles, obligándoles a toser, ya que la pintura con el aire a presión no era apta para la respiración.
Cuando los hubo rebasado. Linx dio media vuelta a su vehículo y en vuelo rasante, dio más pasadas sobre los invasores que por haber quedado pintados, aunque en forma ligera, ahora resultaban visibles para los supervivientes que en principio quedaron atónitos por la sorpresa.
Era la primera vez que veían con sus propios ojos al feroz enemigo que había estado a punto de aniquilar totalmente a su civilización.
De sus gargantas surgió un rugido unánime y comenzó la lucha.
Sus armas de fuego comenzaron a tabletear y los invasores invisibles recibieron los impactos de las balas que les hacían caer retorciéndose de dolor.
Fue una batalla rápida, brillante, y aquel primer éxito hizo que los supervivientes se lanzaran contra sus enemigos con verdadera euforia de triunfo.
—Diles que hay que exterminarlos totalmente y quemar luego los cuerpos tiroteados porque no sabemos hasta dónde llega su capacidad de recuperación. Nosotros ya hemos tenido una desagradable experiencia con ellos; les creíamos muertos y mataron a Glot y a Sánchez.
Estel transmitió el mensaje y al poco, desde el aire, pudieron observar cómo los cadáveres iban siendo quemados.
Una densa humareda comenzó a elevarse hacia el cielo azul de un planeta en guerra.

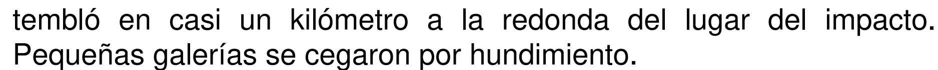
CAPÍTULO XI

Burt, Claudy. Estel y Linx Blanc, comandante de la misión exploradora de la Confederación Terrícola hacia los sistemas estelares de la galaxia en la que se hallaba inmerso el planeta Tierra, se hallaban reunidos en torno a la mesa-pantalla.
—Los sensores han localizado una línea térmica, la «sesera» ha trazado un mapa completo del área.
—¿Y? —preguntó Linx a Burt que era quien había llevado la operación de búsqueda con sensores de infrarrojos. Inspeccionando el suelo del planeta centímetro a centímetro, se había compuesto un mapa muy completo.
—Fijaos en esa línea que termina en esa gran mancha térmica. La línea que conduce a esa gran mancha no proviene de ningún lugar cálido como géiseres, volcanes o cualquier lugar de generación calorífica normal.
—Entonces, ¿quieres decir que los invasores invisibles se desplazan

por esa línea que conduce a la gran mancha?
—Eso pienso, Linx. Ellos prefieren avanzar por el subsuelo hacia ese lugar y estoy convencido de que no es una corriente de aguas cálidas subterráneas. Fijaos.
Tecleó de nuevo en el controlador y se borró aquel mapa, apareciendo otro que era casi idéntico, sólo que la línea que antes quedaba bien definida ahora mostraba intermitencias.
—Eso indica que en el momento en que estas imágenes fueron tomadas por infrarrojos, ellos se desplazaban por la galería pero en grupos separados. En la imagen anterior iban seguidos, como formando una línea continua. También podéis observar que la gran mancha no es idéntica, se parece mucho pero no es exactamente igual, lo que quizás indica que han cambiado de posiciones en su lugar de refugio. Han podido formar grupos a un lado de la sala, nave o lo que sea que está en el subsuelo.
Estel sugirió:
—¿Podría ser una gran cueva?
Es posible —admitió Burt—. En los subsuelos de todos los planetas suelen formarse oquedades, especialmente en los planetas habitados por seres evolucionados, ya que se extrae agua artificialmente o petróleo. Recordad que en nuestro planeta Tierra se formaron grandes huecos en el subsuelo al extraer el petróleo. Al vaciar las bolsas de lo que en la era dos mil se dio en llamar «oro negro», quedaron grandes huecos que luego provocaron el hundimiento de la tierra tragándose poblaciones enteras y otras facilitaron la salida del magma ígneo, causando erupciones volcánicas. Algunas de esas bolsas, aún en los tiempos que vivimos, siguen vacías por completo.
Podríamos consultar a los supervivientes del planeta, que ya han llegado a su metrópoli, qué puede haber en las coordenadas de la mancha térmica que hemos descubierto.
—¿Qué opináis vosotras? —consultó Linx Blanc.
Claudy asintió con la cabeza y Estel dijo:
Están ahí abajo, no cabe duda, lo malo es que no conocemos el escondrijo y no sabemos si será posible meterse ahí.
—Habrá que averiguarlo —opinó Burt.
—Bien, Burt, nos pondremos en marcha.
Un momento, Linx. ¿Y si ahí abajo hay montones de esos seres?
—¿Montones? —repitió Claudy.
Quién sabe si los hay a millones. La extensión que ocupan es grande en proporción, como un hormiguero gigante, sólo que multiplicado por la diferencia de volumen entre una hormiga y uno de esos seres. Imaginemos un hormiguero con millones de hormigas que fueran tan grandes como nosotros... ¿Cómo sería ese hormiguero de grande?
—Como una de esas desastrosas ciudades que nuestra civilización

terrícola tuvo a finales del siglo XX.
—Exactamente. Una cosa horrible que tenía que estallar y estalló; parece que ellos son muchos.
—¿Y si les provocáramos una explosión nuclear de un millón de megatones?
Linx miró a Estel y respondió:
—No tenemos ese derecho. Una bomba de esa potencia sólo puede lanzarse en casos excepcionales, podría destruir incluso al planeta, ya que desconocemos su estructura interior. Además, según la carta espacial, no estamos autorizados. Lo que sí podemos es ayudar a los supervivientes a combatir, pero no es nuestra guerra. Sería demasiado fácil a la par que absurdo y monstruoso que a cada planeta con vida al que nos acercáramos lo destruyéramos porque hubiéramos encontrado a unos seres belicosos que nos cayeran antipáticos.
Claudy puntualizó:
—Pero, han matado a dos miembros de nuestra tripulación.
—Esos tipos estaban dentro de nuestra cosmonave —le replicó Linx —. En cierto modo, nosotros los habíamos traído aquí. En fin, no discutamos este punto. Hemos de luchar contra los invasores invisibles pero ayudando a los supervivientes que son los que se van a quedar aquí para siempre. Si caemos en la lucha, habremos muerto por mantener la libertad en la galaxia.
—Entonces, no perdamos tiempo, ayudémosles antes de que sean exterminados los supervivientes. Ahora están en su metrópoli, pero quién sabe cuánto tiempo permanecerán sin ser atacados; son pocos y no resistirían un ataque masivo.
—¡Burt!
Continúa haciéndote cargo de la cosmonave, vamos a descender de nuevo sobre el planeta.
—¿Vais a dirigiros a la gran mancha térmica?
—Si.
—Fijaos en la fotografía —les pidió Burt—. El canal termina en la gran galería de los colectores que llevan al río que luego desembocará en el mar. Fijaos porque es posible que por esa galería subterránea lleguen al gran colector y por éste se esparzan por toda la ciudad. Eso explica que hayan llegado a todas partes, sorprendiendo a sus victimas.
Estel añadió:
—El desplazarse por los colectores y el ser invisibles además les da todas las ventajas.
—¿Y no podrían estar ya marchando hacia los pocos supervivientes que quedan?
—Eso lo sabremos pronto, la «sesera» tiene localizada el de

observación con mucha exactitud.
En pantalla apareció la visión directa por infrarrojos. Linx Blanc se inclinó sobre la pantalla y puso el dedo sobre lo que le llamó la atención.
—Mirad, avanzan por el gran colector.
Es cierto —admitió Burt—. Ha comenzado la gran invasión. ¡Vamos, Estel!
Sí, en seguida. Hay que actuar o llegaremos tarde para ayudar a los supervivientes.
—Burt, ten preparadas las armas de la cosmonave por si pedimos tu colaboración.
—Todo estará listo.
Linx Blanc y Estel se dirigieron una vez más al vehículo lanzadera que tenía los motores aún calientes por la expedición anterior. Tardaron muy poco en coger sus armas y penetrar en el vehículo ya colocado en el expulsor. Saltaron al espacio y penetraron en la atmósfera, descendiendo en picado sobre la metrópoli.
—El calor aumenta excesivamente.
—Es el rozamiento con la atmósfera.
—Entramos en la banda roja —advirtió Estel.
Casi de inmediato, comenzaron a encenderse luces de advertencia. El calor se hizo notar dentro de la lanzadera pese a que el refrigerador fue puesto al máximo de potencia.
—Sólo son dos minutos más —advirtió Linx Blanc sosteniendo los mandos del vehículo mientras su cuerpo sentía aquel calor que amenazaba con fundir piezas importantes.
—¡Nos estrellaremos! —gritó Estel.
Linx hizo girar la proa noventa grados hacia arriba y el vehículo giró cuando estaba a punto de estrellarse contra los edificios de la metrópoli.
Aminoró la velocidad y comenzó a recuperar la temperatura no peligrosa.
—Dispararemos sobre la entrada del colector.
—¿Qué piensas conseguir?
—Evitar el avance, provocaré un derrumbe de los colectores. Si salimos todos de ésta, los supervivientes podrán reconstruir sus colectores, no será problema.
—¿Impedirás el avance con el derrumbe de los colectores?
—Eso espero.
Se acercó a su objetivo y cuando lo tuvo en pantalla, disparó el cañón exoexpansivo de supra-ultrasónico.
El cemento de las grandes galerías de los colectores tembló al recibir el impacto. Se resquebrajaron para luego hundirse estrepitosamente.
Linx Blanc había puesto al máximo la potencia de tiro y el suelo


tembló en casi un kilómetro a la redonda del lugar del impacto. Pequeñas galerías se cegaron por hundimiento.
—¡Burt, Burt!
—Te oigo, Linx.
—¿Cómo ha quedado la situación?
Desde la cosmonave Volta-244, Burt contestó:
—Has cortado el avance por la galería y los grandes colectores, ahora no pueden pasar. Supongo que has enterrado a cientos de ellos, pero no pocos habrán podido escapar por los colectores, ya que estaban dentro de la red.
—De ésos ya se encargarán los supervivientes, ahora ve enviándome imagen de la galería por la que ellos se desplazan.
—¿Piensas ir a la mancha térmica?
—Sí.
Cuidado, no sabes con lo que vas a encontrarte allá.
—Hay que arriesgarse.
—Está bien, tú eres el comandante, Linx. Te envío imagen de los sensores de infrarrojos.
La computadora automática de la lanzadera absorbió la información que le enviaban y se movió en la dirección marcada. La galería era larga, tenía varios kilómetros.
Al fin, llegaron al área térmica.
—Esto es un lugar arenoso, sin árboles.
—¿Qué hacemos?
—Provocarlos.
—¿Cómo?
—Ahora verás —respondió Linx Blanc.
Disparó el supra-ultrasónico exoexpansivo sobre la arena y todo el manto arenoso se movió como si fuera el oleaje del mar, pero algo más ocurrió, algo completamente inesperado...
—¡Linx, se mueve!
—Si, debajo parece haber algo que se mueve.
La arena semejó desplazarse y comenzó a nacer una especie de montaña ante el asombro de ambos.
¡Linx, no es una montaña, es una cosmonave!
¡Por Júpiter y Saturno, si es una cosmonave!
—¿Qué hacemos ahora?
—Disparar contra ella.
Disparó el cañón exoexpansivo de supra-ultrasónico, pero aquella gigantesca nave, casi un millar de veces más grande que el vehículo lanzadera, se elevó, haciendo rebotar el impacto.
La cosmonave disparó algo que no se sabía exactamente qué era pero que hizo tambalear a la lanzadera hasta pegarla al suelo.
—¡Burt, Burt, destruye esa cosmonave! —le pidió Linx Blanc.

La gigantesca cosmonave se elevó hacia la estratosfera. Salía ya al espacio exterior cuando recibió el furioso bombardeo de las armas que poseía la Volta-244.
La explosión desintegradora fue tan luminosa como cien soles juntos. Y dentro de aquella luz, de aquel calor, los invasores invisibles procedentes quizá de otra desconocida galaxia, se convirtieron en energía pura, desapareciendo por completo.

EPÍLOGO

—¿Qué dicen? —preguntó Linx Blanc que mantenía el vehículo lanzadera en el aire, sobre la vertical de la metrópoli.
—Agradecen nuestra intervención. Se encargarán de eliminar a los invasores que quedan mediante el sistema de la pintura pulverizada y los visores de infrarrojos que les hemos proporcionado. Nos piden que nos quedemos, proponen nombrarnos sus dirigentes.
—No es lo nuestro. Ellos son pocos ahora, pero volverán a ser los que fueron antes de la invasión de los invisibles. Comprendo que por lo que hemos hecho nos tomen por algo así como semidioses, pero nuestra misión aquí ha concluido. Daremos parte a nuestro gobierno de la Confederación Terrícola y si por los datos que les proporcionemos consideran oportuno enviar aquí una embajada, ya lo harán.
Regresaron a la Volta-244 y ésta se puso en marcha, alejándose del planeta a varios puntos mach-luz. Dejaron en manos de la «sesera» todos los automatismos.
—¡De regreso al planeta Tierra! —exclamó Linx Blanc—. Ahora, vamos a hibernarnos, el viaje será largo.
Estel le cogió de la mano y al oído, con voz muy cálida, le propuso:
—Deja que Claudy y Burt se vayan hibernando, nosotros todavía podemos hacer algo antes de la hibernación...
—¿Dónde?
—En tu camarote o en el mío, elige.
La rodeó con sus brazos para estrecharla contra sí y la besó en los labios mientras la cosmonave se perdía entre las miríadas de estrellas que componían la maravilla de la galaxia.

FIN